

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 1.º de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Luis de Zulueta.....	E. Giménez Caballero	El vuelo de Fierro.....	Hnos. Moravia Morpeau
Dos artículos.....	Luis de Zulueta	Denunciando calumnias.....	José Carlos Mariátegui
Pedagogía de secreciones interiores (y 2).....	José Ortega y Gasset	Las tijeras y otras referencias.....	Rabén Coto
Sus mejores poesías (2).....	José M. Eguren	Noticia de libros.....	José Carlos Mariátegui.— Blanca Luz Brum.
Con Ramón Gómez de la Serna.....	Miguel Santiago Valencia	José Martí (y 2).....	Santiago Argüello
Al Smith.....			

1.—Luis de Zulueta ha llegado de México y de la Habana.

Este motivo de su viaje cultural sería suficiente para que aprestásemos nuestro utensiliario sigilográfico y tratásemos de burilar la impronta de Luis de Zulueta si no existiese otro mucho más hondo y recatado en la historia de esta figura literaria: su reciente ingreso en las páginas de *El Sol*.

He aquí un suceso de cultura española que no es posible dejar desatendido. Y que tiene—para mi opinión—mayor importancia que su actual viaje a las Antillas.

En las planas de *El Sol* existía desde su fundación un hueco que semejaba una hornacina: una mella en la dentadura estelar de las colaboraciones; un reservado inalienable: ese: el de Luis de Zulueta. ¿Cómo no escribía Zulueta en *El Sol*?—nos preguntábamos

—«Por lealtad a buenos amigos»—respondía siempre Luis de Zulueta a la pregunta—. «Que la lealtad en la amistad es mi norma moral más firme».

—Pero Zulueta—se le argüía—, ¿si usted es un hijo del Sol por los cuatro costados! El costado norte, el costado sur. El este y el oeste.»

Mejor dicho: ¿si es usted padre de *El Sol*, tanto casi como el que más!

La estancia permanente de Luis de Zulueta por periódicos populares, por Cámaras de Diputados, por escuelas magisteriales, por partidos políticos vagamente consolidados, había hecho en torno a la figura suya un claroscuro indefinible.

¿Quién era Luis de Zulueta?... Pues tal, y cual, y aquello—se contestaba—. Pero no el «todo esto»; el «nada menos que todo esto», a que tenía perfecto derecho.

Luis de Zulueta era el mensajero que había desviado su estrella. Era la estampa sin marco. El paisaje sin luz adecuada. Lo cual no se ha visto bien hasta verle Zulueta—de pronto—iluminado por el Sol. Por el aura congrua de este órgano cultural, tan de su «época».

¿De qué «época» es el origen de *El Sol*? De esa de Luis de Zulueta. O sea: ¿1917? No: 1915. No—mayor precisión—: «900». Es decir: «la época de una generación entera en el Extranjero» («voire» Alemania).

Esa generación hace poco definida y postulada para el poder—tácitamente en estas mismas páginas—por el maestro de ella

VISITAS LITERARIAS

Luis de Zulueta

=De *El Sol*, Madrid.=



(Caricatura de Bagaría).

José Ortega y Gasset en sus recientes y espléndidas *Ideas políticas*. Esa generación que con expresión misma de Ortega pudiese llamar: la de la «cisterna». La del agua puramente aljibada. La del reservorio frente a la hidrofobia del país.

Tiene caracteres tan precisos esa generación como quizá ninguna otra de España los ha tenido. Ni siquiera la del 98. La del 98 no fué generación. Fué «un grupo» frente a una degeneración. Una suma arbitraria de gentes frente a un suceso externo, un grito en las calles.

En tanto que ésta de 1915 (fecha de la fundación del semanario *España*, germen fecundante de *El Sol*), resultó algo orgánico ya, con disciplina interna, con voluntad común y con aparatos específicos de expresar esa voluntad.

No es ésta la ocasión de discriminar y clasificar anatómicamente esos caracteres generativos.

Y de irlos comprobando en cada caso: «género en individuo».

Desde luego, si este individuo o caso fuera Luis de Zulueta, todos los rasgos concertarían. El a), el b), el c), el x). Sobre todo el x). Llamo yo x) al rasgo básico de esa generación, consistente en esto: «Dime con quién anduviste en Alemania y te diré quién eres».

En efecto, Zulueta me lo dijo:

«Con todos esos muchachos entusiastas de Giner».

«Con muchos de esos preclaros varones que estudiaron en Marburgo».

«Con todas esas novísimas mentes de la historia española que iba—en su regreso hispánico—a fundar *El Sol*».

—Por tanto, Luis de Zulueta, si usted anduvo con ellos, ya sabemos quien es usted. Un padre de *El Sol*. Lo que ya avancé antes.

—Por tanto, Luis de Zulueta, todo ese tiempo alejado de la familia ha sido un tiempo—perdón—de «descastamiento», de «borrosidad». ¡No proteste, no proteste! Y explíqueme—por favor, es mi mayor curiosidad frente a cada uno de los de su generación—el «cómo» llegó usted a pertenecer a ella. Qué motivos de su vida le empujaron a esa selección minoritaria, a ese elenco directriz de nuestra cultura.

—¿Es que quiere usted que le cuente mi vida?

—Se la escucho con la más apercipte de las atenciones, Luis de Zulueta.

y 2.—Yo nací en Barcelona. Y me eduqué en Barcelona. Sólo muy tarde, y en plan

transitorio, vine a Madrid. Aunque ese tránsito se convirtió en estancia definitiva, en arraigo. De ahí que para mis amigos de aquí yo sea un catalán. En tanto que para los de allá, un perfecto «castellá».

—Pero usted, Zulueta, no es ni catalán ni castellano de origen, ¿cierto?

—De origen soy un nortesur. Vascoandaluces. Mi apellido paterno—«Zulueta»—es alavés. Significa algo así como «hondón de las fuentes». En cuanto a mi segundo apelativo, «Escolano», proviene primordialmente de Aragón; pero—por vivencia continua—de Granada. Un obispo de Granada de siglos pasados fue pariente mío. Mírele en esta vieja estampa: «Don Diego Escolano». Por cierto, un hombre original. Disconforme con el simple curato que disfrutaba trabajó hasta alcanzar una canonjía, destino que ambicionó voluntariamente. Una vez obtenida le ofrecieron el obispado, al que renunció por la misma razón que el curato: por estimar la canonjía el valor justo de sus méritos.

—Caso curioso de estimación firme de sí mismo...

—Por cierto también que este obispo tenía —escribiendo—mi mismo estilo. Si yo le diera una página de su literatura no la distinguiría de la mía: sobriedad, algún sentimentalismo, limpieza en la expresión, una pernisible retórica proselista... Asimismo, por parte de línea granadina, soy descendiente de aquel D. José de la Peña y Aguayo que fue amante de Mariana Pineda.

—¿El protagonista de Lorca? ¿Lo sabe Federico?

—No sé.

—Por parte de su padre (del Zulueta) también «data» usted de lengua historia.

—En efecto: parece ser que mi abuelo remonta a la Edad Media. Y que hubo gente mía en la conquista de América. A América estoy radicalmente conectado. Mi padre era cubano. Y mis tíos... Al ir a Cuba yo ahora no he hecho más que recordar y constatar ambientes de mi niñez. Mi padre era cubano y gran burgués. Desde luego, en esto de la burguesía, como el resto de mi familia.

—Y esa mutación brusca de usted para pergamino y capitalismo, ¿cómo la explica?

—No me ha preocupado gran cosa.

—Sin embargo, Zulueta, es muy curioso observar que en hombres desgajados del pasado burgués y autócrata de España, como Fernando de los Ríos y usted, es donde este pasado parece acentuarse con más fervor y delicadeza. Se diría que ustedes—y no nuestros grandes actuales de España—son los que tienen el mejor sentimiento de la continuidad de una cultura española. A ningún duque descendiente de los nautas colombinos se oír hablar de América—de la obra de España en América—con el entusiasmo que usted y Fernando de los Ríos hablan.

—¡Oh, sí! España, vista desde América, es algo que se agiganta. Y no sólo su pasado. También el presente. España ha dado un avance precioso en estos años, que todos los políticos y arbitristas la creían sin pulso.

—Insisto en el curioso fenómeno del siglo XVI español apologizado por ustedes, socialistas... ¿Cómo explicar esto?

—Apologizado, no.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no apologizar el único momento socialista de la Historia de España?

—Hombre, la tesis es atrevida. Sosténgala.

—Sí; ha sido la única época sólidamente «estatal» de nuestro país. Un Rey, que era su funcionario mayor. Y el resto, jerarquías funcionales con ausencia de capitalismo. No se trabajaba con plus valía. Yo comprendo que un socialista pueda ser partidario de Felipe II y de El Escorial. Lo que no comprendo es en un fabricante de telas o en una editorial privada..., e incluso en una misma orden monástica de hoy día. Pero sigamos con su relación biográfica, amigo Zulueta.

—Bien. Yo estudié con los jesuitas hasta bien entrada la adolescencia. Mi único camarada de aquel período, que yo recuerde profundamente, es Eduardo Marquina, el poeta.

—¿Fué compañero suyo?

—Sí; verá. Un día salimos de una clase, en el colegio. De pronto, junto a mí, oigo un violento suspiro: «¿Cuándo podrá uno sentarse bajo un pino a leer Espronceda!» «¿Espronceda?»—contesté yo volviéndome—. «¿Y por qué no Zorrilla?» «No; Espronceda» —volvió a afirmar el autor del violento suspiro: Eduardo Marquina. Nos hicimos entrañables. Lecturas, poemas, fantasías comenzábamos a urdir juntos allá en el desván gótico de la casa de jabones que tenían los Marquina en Barcelona. Recuerdo aún nuestro poema sobre los animales prehistóricos, que hicimos entrambos deslumbrados por la noticia de su existencia. Es decir: recuerdo los primeros versos de Marquina:

Voy a cantar ahora que la noche empieza,
al gran mamut, de aplastada cabeza,
al gran mamut y al mastodonte.

Publicamos también nuestro primer libro juntos, un libro que será hoy rarísimo...

—Pero su vocación pedagógica, su curiosidad europea, ¿cuándo nació, Zulueta?

—Ya desde el colegio. Mi sueño era marchar a Ginebra, aquel ánfora cristalina de austeridad y ciencia, de calles tranquilas, de Universidad rebosante, de verdura suave y lejanas montañas nevadas. En efecto, apenas pude, soslayando empleos mercantiles con que mi familia quería sujetarme, partí por mi cuenta a Ginebra. Pero me llevé una desilusión. Ginebra no era la de mis pensamientos. Así que enfoqué la Sorbona a París. Y luego ya, Alemania, adonde llegué sin saber palabra de alemán. En Berlín me encontré a la mayoría de los que hoy son mis mejores amigos. Todos me decían: «¿Y usted no conoce a Giner? ¿Usted está aquí solo sin conocer a D. Francisco?» Cuando yo conocí a D. Francisco fue al cabo de unos años de mi Alemania. Yo regresé a Barcelona, escribí unas conferencias republicanas

y salí concejal. Pero, disgustado de la política, me dirigí a Madrid por vez primera, a descansar. Mi descanso se convirtió, como ya le dije, en permanencia luchadora. Una tarde me llevaron a El Pardo, frente a Giner. El cual, apenas me vió, no hizo sino tenderme los brazos, exclamando: «¿Pero usted es ese muchacho de quien tengo noticias, que con tanto talento ha escrito tres conferencias detestables?» Fué aquel su primer puntazo de Maestro a mi amor propio. Me puse a trabajar. Hice mi carrera. Gané mi cátedra. Intervine en política. En periodismo formé una familia. Viajé largamente. Y hasta hoy.

—¿Hasta hoy, que reingresado a esta sabia sombra de Giner, que representa *El Sol* mejor que nadie, continuará trabajando? ¿En qué? ¿En política? ¿En pedagogía? ¿Cuáles son sus nuevos credos?

—Permítame que aquí acabe mi relación biográfica. Sólo por añadirle un colofón le enseñaré el triunfo que yo más quiero de esta vida mía hasta el presente: este ejemplar de mi *Edad heroica*, comentado manuscritamente por un hijo mío espiritual: Jara Urbano. Y a su vez, por los hijos de este hijo: los maestros Mora, Manera, Iniesta, Serrano y Vellvé.

Y uniendo su acción a su palabra, depositó Luis de Zulueta en mis manos un precioso volumen envitelado.

Luis de Zulueta tiene cara de maestro. Pero también de fraile. Pero también de enciclopedista. Pero también de infanzón.

Como la imaginación suple al «cinema» en los casos urgentes, yo ruego al amigo de conocer la faz del amigo Zulueta estas superposiciones cinemáticas: «Cara de maestro» (desvanecimiento) + «Cara de fraile» (desvanecimiento) + «Cara de Voltaire» (desvanecimiento) + «Cara de conquistador» (desvanecimiento). Y como sustrato inmanente de esas consecuciones imaginistas: unas simples gafas de metal y un pelo cortado en púa de cepillo.

E. GIMÉNEZ CABALLERO

Dos artículos de Luis de Zulueta

=Tomados de *La Libertad*. Madrid=

Reflexiones y Lecturas

El paraíso de los conservadores

—Yo soy, ante todo, un hombre de orden. —También yo. Sospecho únicamente que mi orden no es el suyo.

—Perdón... no me venga con distingos ni ideologías. Mi lema es bastante claro: Orden, paz, trabajo. Si todos, olvidándonos de la política, nos uniéramos para llevarlo a la práctica, el país viviría dichoso.

—Acaso. Hay un país en el mundo que ha logrado esa felicidad. Lea usted este artículo: *Una isla ideal*.

—Por Dios!... Nada de Utopías.

—No; no se trata de una Utopía o de una Icaria. Es una tierra firme, real, existente. «Más allá de las islas Filipinas...» O un poco más acá, según se mire... La encontrará usted entre la China y Australia.

—Pero, ¿qué es lo que en semejante isla acontece?

—El pueblo trabaja, más que resignado, contento. La paz social es absoluta. Industria y comercio desarrollánse espléndidamente. El dinero afluye a los Bancos. Caminos, ferrocarriles, buenos puertos, palacios, ciudades populosas... ¡Ah!, y sin esos distingos e ideologías que a usted le desagradan. Cuarenta millones de trabajadores que no leen el periódico ni van a los mitines, se ocupan sólo en su labor, asisten a sus an-

tiguos cultos y, a lo sumo, se solazan con alguna danza tradicional de sus famosas bayaderas de pies descalzos. Los jornales son bajos; la vida es barata. Hay orden, y nadie pide libertad. Hay riqueza, y no existen agitadores obreros. Todos trabajan, y nadie lee a Carlos Marx. ¿No es ese el paraíso de los conservadores?

—No crea usted... Yo también soy amigo del progreso... Pero del progreso... bien entendido.

—¿Cabe, por ventura, entenderlo mejor que en la isla de Java?

En efecto... El *Repertorio Americano*, revista que en San José de Costa Rica procura recoger lo más interesante del pensamiento actual del mundo de habla española, publica un artículo que el notable escritor salvadoreño Napoleón Altamirano y Viera consagra al curioso caso de Java con el título de *Una isla ideal*.

Java tenía, al comenzar el siglo XIX, dos millones de habitantes. Hoy alcanza cuarenta millones. Pasará probablemente de los cincuenta y dos millones dentro de cinco años. Su desenvolvimiento material ha sido prodigioso. Gobernada por una reducida

minoría de gente blanca, la isla tropical naturalmente rica y dotada hoy de magníficas construcciones y modernas vías de comunicación, goza tranquilamente de todos los beneficios de la actual civilización mecánica y utilitaria.

Pero lo particular del caso es que la masa del país, en medio de este enorme avance material, nada ha avanzado espiritualmente. Viven como hace siglos, con sus fetiches y su ignorancia. No tienen problemas sociales y políticos. Los dueños blancos de Java, guardándose muy bien de emancipar intelectualmente al pueblo por la escuela, por la cultura, por las ideas, lo mantienen en una plácida sumisión. «Esos millones de seres humanos, observa Altamirano y Viera, como no saben nada, como no tienen luz alguna en sus obscuras mentes, nada piden ni reclaman, y hasta aparecen felices en su deformidad».

«Alabad el progreso material—concluye el publicista centroamericano—, el volumen del comercio, los ferrocarriles, las carreteras, los palacios. Pero sabed que, si a la vez no se disminuye por igual el número de analfabetos miserables y deformes, el caso de la bella isla holandesa no estará solo en la Historia.»

¿Que le falta a ese paraíso de Java? Fáltale, ¡ay!, el árbol de la ciencia del bien y del mal. El amor a la libertad, el espíritu crítico, la sed de justicia, el anhelo de una vida mejor, mejor siempre; la divina inquietud del pensar y del desear... He ahí los frutos ambiguos del árbol de la ciencia.

La posibilidad del bien no se da sin el riesgo del mal. Tal es el sino de la Naturaleza humana. Si los javaneses se instruyen, tendrán opiniones; unas, acertadas; erróneas otras. Compararán, juzgarán, reclamarán, protestarán. Harán surgir los partidos, las divergencias. Sufrirán por sus aspiraciones no satisfechas. Sufrirán quizás por aspiraciones imposibles de satisfacer.

Querrán gobernarse por sí mismos. Habrá en el curso de esta evolución, momentos difíciles, horas turbulentas. Acaso llegue un día en que, recordando a Pío Cid en su reino de Maya, piense alguien que ya los que eran felices como bestias empiezan a ser desdichados como hombres.

¿Y si un agitador chino discípulo de Sun-Yat Sen, desembarcara entonces en el puerto de Batavia?... Comenzarían los javaneses a tener Sindicatos agrarios y Asociaciones de resistencia. Exigirían aumentos de jornal. ¿No subiría el precio del maíz? ¿No mermaría la producción de manufacturas? ¿No se comprometería el negocio del café?... Luego,

el pueblo se iría contagiando de democracia, ese veneno de Occidente. Querría votar. Soñaría con un Parlamento. Haría política, como en el Japón... ¿Y si se metía a razonar acerca de sus viejas divinidades? Peligrarían los ritos primitivos, la ley de los antepasados. Esa moral de la igualdad humana y de la fraternidad espiritual que predica el Evangelio, es buena sólo para los hombres blancos, y aun con cautas reservas, hábiles apostillas.

—¿Verdad, señor mío, que es mejor que Java siga como ahora? Hoy es la insula feliz. «Fácil manera de gobernar y mantener la paz...», como dice Altamirano. Dejaría de ser, para usted, un trasunto del paraíso el día en que un soplo maléfico echara en ella las semillas del árbol de la ciencia del bien y del mal.

—No exageremos. Yo no soy enemigo de la ciencia ni de la ilustración del pueblo...

—Mal camino, mal camino... Ahora viven tan contentos nuestros javaneses porque «no tienen luz alguna en sus obscuras mentes». Pero la luz es como la razón. Se les puede cerrar herméticamente la puerta; mas, en cuanto se les deja pasar por una rendija, llenan y esclarecen toda la estancia.

—Los pueblos no saben usar bien de la razón.

—Sólo ejercitándola podrán aprender. Sus propios errores, sus mismos tropiezos, les irán poco a poco mostrando la ruta. La vida humana está hecha de dudas, de problemas, de rectificaciones, de ansiedades, de esperanzas. A la larga, la libertad es siempre un bien, y la esclavitud, un mal. Mas, en todo caso, preferiría los males de la libertad a los bienes de la esclavitud. En un proceso de emancipación las mismas crisis son fecundas. La modorra del siervo, por el contrario, es muerte espiritual. Por lo común, y los ejemplos abundan, son los pueblos con más inquietudes ideales aquellos en que luego, por añadidura, es mayor el bienestar material, la prosperidad económica. Pero, si hubiera que elegir... ¡renuncio al paraíso de Java!...

Las islas sin dueño

¿Por qué no he podido leer sin una cierta melancolía absurda la noticia de que, al cabo, el pabellón de Noruega se izaba sobre las islas del archipiélago de Spitzberg? Un poco difícil me sería explicarlo. Nada tengo que decir contra la nación ocupante, una de las más cultas y avanzadas del mundo, y nada podría tampoco objetar, pobre de mí, contra el reciente Tratado de París, que Francia ha aprobado en Septiembre último,

por el que las Potencias convienen en colocar esas remotas islas del mar Glacial bajo la plena y entera soberanía del reino de Noruega. Pero...

Pero es el caso que ese helado archipiélago, perdido entre las brumas árticas, era quizás, el último pedazo de suelo europeo que no tenía dueño. Era una tierra de nadie; una tierra absolutamente libre; una tierra sin derecho de propiedad, ni régimen político, sin aduanas ni contribuciones, sin Registro civil ni Ordenanzas municipales. Deteníanse allí a su antojo los barcos pesqueros; los cazadores, fusil al brazo, recorrían el país a su albedrío, sin tropezar con una cerca o con un guarda rural; los mineros que habían comenzado a explotar las riquezas subterráneas, hacíanlo por su cuenta y riesgo, sin concesión oficial ni inscripción en registro alguno.

No; no me parece que éste sea un tipo de vida deseable. Ya sé que, de esta suerte, retrocederíamos a los orígenes de la sociedad humana. Sin embargo... ¡qué diablo!... Bien está, sin duda, que el territorio europeo, se halle repartido entre Estados debidamente regidos, con su organización jurídica, su orden legal y administrativo, sus tribunales, sus notarías, sus escuelas, sus garantías de seguridad y sus instituciones de beneficencia... Mas una vez bien distribuido el suelo de Europa, ¿no tenían su atractivo romántico esos postreros pedazos de tierra franca, esas lejanas regiones sin señor, donde, sin licencias, ni pasaportes, cualquiera podía poner libremente la planta?

Los utopistas, los refractarios, los perseguidos o inadaptados de todos los países tenían, allá entre nieblas, unas islas de ensueño de las que nunca serían rechazados... ¿Que esta eventualidad no pasaba de la fantasía? Seguramente Pero, en fin, las islas allí estaban, con sus extraños nombres: la isla de Barentz, la de Edge, las Wiche, la Tierra del Nordeste, la isla de Esper con la Tierra del Príncipe Carlos... Allí estaban, abiertas a todos, campo sin vallas, donde el aventurero o el soñador hubieran podido acogerse para vivir a su modo, intentando, si así les placía, los más opuestos y atrevidos ensayos sociales.

No me digas, lector sensato, que, después de todo, esas islas de nadie a nosotros de nada nos servían. Tendrías razón. Pero después de haber acotado según la razón todo el mapa de Europa, ¿por qué no dar su parte a la locura dejándole esos pobres islotes polares? Un grano de insensatez sazón los sólidos manjares del espíritu. Harto se me ocurre que nunca pondríamos hacia Spitzberg la proa de nuestra nave. Digo, no obstante, como el campesino de *La abadesa de Jouarre*, al oír tocar de nuevo las campanas de su iglesia, después de las jornadas revolucionarias: «Aunque yo no vaya a misa me gusta que la digan...»

¿Quién sabe si en Spitzberg hubiera encontrado un hogar ese Samuel Daushersky, a quien veo que los periódicos norteamericanos llaman el «hombre sin patria»! Su caso es verdaderamente singular. Trátase de un ruso, más o menos revolucionario, que se pasa la vida en el mar viajando gratis de Nueva York a Liverpool, y de Liverpool a Nueva York, en un trasatlántico de la White Star Line. ¿Por qué? Porque en Rusia, su patria, el Gobierno de los Soviets no lo quiere, no sé si por radical en exceso o por poco radical. De Inglaterra lo expulsan, embarcándolo para los Estados Unidos, y en los Estados Unidos lo rechazan, reembarcándolo para Inglaterra. De esta suerte, indeseable en todas partes, lleva hechos seis viajes seguidos entre Europa y América, sin que le permitan pisar el muelle ni en Nueva York ni en Liverpool. Se ha acostumbrado ya a vivir a bordo, en su camarote de segunda, satisfecho de su situación, según declaraba a un redactor de la *Uni-*

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

ted Press antes de zarpar en el Celtic en su tercer viaje de retorno a Europa.

¿Por qué no dejar en el planeta algún rincón exento, alguna libre insula a la que pudieran acogerse, cuando bien les pluguiese, los indeseables de todas las naciones, los extremistas de todas las doctrinas, los ciudadanos de todas las Utopías? Es lo menos que éstos podrían pedir. Me diréis que acaso con tales elementos, la vida colectiva se haría difícil y la isla sería un ejemplo de discordia o de miseria. No habrían de quejarse entonces los conservadores de los varios países, cuando a tan poca costa se les ofrecía tan cómodo argumento. Quizás, por el contrario, la nueva tierra, tras de las inevitables experiencias, acabase por engendrar un tipo distinto, tal vez un tipo mejor, de sociedad humana. A nadie perjudicaría, de cierto, semejante resultado...

Pero también pudiera ocurrir que, poco a poco, fuese, en la isla, surgiendo un nuevo Estado, una organización social como la de todos los demás Estados, ni peor ni mejor. Y aun podría acontecer que transcurriendo los años, hallaran los futuros inmigrantes que—¡también allí!—se les cerraban los puertos por efecto de una severa ley de indeseables que les compelia a volverse a embarcar para sus puntos de origen... Por algo Utopía quiere decir el país sin tierra... Los enamorados de Utopía retornarían entonces con una desilusión más, pensando que su ideal República existe sólo en lo íntimo del corazón. En lo íntimo del corazón... ¿Y por qué no también en la realidad del paciente esfuerzo con que se procura, día tras día, que brille un poco más de justicia, un poco más de belleza moral, en todos los pueblos de la tierra?...

Luis de Zulueta



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Pedagogía de secreciones internas

=De El Sol. Madrid=

y 2. Véase la entrega anterior.

Más a la intemperie que el cuerpo presenta la psique su actuación como un todo solidario, como una unidad funcional. Nuestros pensamientos y apetitos singulares no aparecen juntos merced a un zurcido sino que se les siente nacer de cierta raíz íntima y como manar de cierto hontanar profundo y único.

Para que se entienda lo que pretendo decir, atendamos, por lo pronto, no al conjunto sino sólo a un menudo trozo de nuestra vida psíquica: los pensamientos o intenciones que sobre una persona tenemos y los actos que hacia ella ejecutamos se revelan, si miramos bien, como concreciones particulares de un sentimiento inicial o previa actitud de simpatía o antipatía que desde luego surgió en nosotros respecto a ella. Lo mismo que las flores, hojas y frutas van saliendo del árbol según la ocasión de las estaciones y los cambios del clima, así de aquella emoción primera brotan nuestras opiniones, propósitos y actos hacia el prójimo. Todos ellos, sea cualquiera su contenido particular, van teñidos de aquel sentimiento inicial favorable o adverso. Un mismo juicio sobre dos personas distintas aparece a lo mejor ante nuestra visión íntima como cargado de electricidades contrarias. La censura que a alguien hacemos nace acaso en nosotros de un sentimiento de amor mientras esa misma censura dirigida a otro sale envenenada de una fuente rencorosa.

Pues esas emociones matrices de nuestras ideas y actos se originan a su vez de una radical fluencia psíquica que lleva sobre sí toda nuestra fauna íntima, más aún, que la suscita o anula, la alimenta o deprime, la dirige y regula. Llamarla sentimiento es impropio porque de ella nacen los sentimientos mismos y es menos concreta, más recisa que éstos. Es más bien como el

pulso de vitalidad propio a cada alma, manantial que luego se deshace en los mil arroyos de nuestro pensar, sentir y querer, y que deshecho en ellos, adopta las formas más claras pero también más mecanizadas de los cauces por donde fluye.

Alguna claridad obtendremos si decimos que ese pulso psíquico, o llamándolo impropriamente, ese sentimiento de vitalidad es en unos hombres de tonalidad ascendente; en otros, de tonalidad descendente. Hay quien siente brotar su actuación espiritual de un torrente pleno de energía, que no percibe su propia limitación, que parece saturado de sí mismo. Todo esto nace en almas de este tipo con la plenitud magnánima de un lujo, como un rebosamiento de la interna abundancia. En este clima vital no se dan, por lo menos con carácter normal, las envidias, los pequeños rencores y resentimientos. Hay, por el contrario, en otros hombres un pulso vital descendente, una constante impresión de debilidad constitutiva, de insuficiencia, de desconfianza en sí mismos (1). No necesitan temperamentos tales compararse con otros individuos para encontrarse menguados. Lo típico de este fenómeno es que el sujeto siente su vivir como inferior a sí mismo, como falto de propia saturación. La fauna y la flora internas de este clima vital decadente llevan el estigma de su origen: todo en ellas será pequeño, canijo, reptante, temblón, torvo. Es la atmósfera en que la envidia fructifica y el resentimiento sustituye a la actitud

(1) Han de entenderse estas palabras como refiriéndose exclusivamente a nuestra personalidad psíquica, aparte de nuestro bienestar o malestar corporales, cualquiera que sea la influencia de éstos sobre aquélla.

amorosa, la suspicacia a la generosidad (2)

Cuanta atención se preste a estas dos formas de pulso vital será escasa. De que dominen la una o la otra entre los hombres de una época depende todo, la ciencia como el arte, la moral como la política. En un caso, la historia asciende, la energía y el amor, la nobleza y la liberalidad, la idea clara y el buen donaire se elevan dondequiera sobre el haz planetario como espléndidos surtidores de vital dinamismo. En el caso opuesto, la historia declina, la humanidad se contrae estremecida por convulsiones de rencor, el intelecto se detiene, el arte se congela en las academias y los corazones se arrastran tullidos y decrépitos.

Del mismo modo, a poco que tratemos un individuo percibimos inequívocamente a qué tipo de pulsación vital pertenece. Si es de tonalidad ascendente nos sentimos al apartarnos de él como contagiados de su plenitud y mejorados por una inefable corroboración vital. Si es de tonalidad descendente, notamos que, sin saber por qué, se nos han cegado de pronto fuentes de interna actividad, que trozos de nuestra alma han caído en parálisis, que su periferia experimenta una rara contracción y encogimiento, en fin, que en nuestra atmósfera íntima soplan insólitas ráfagas de acritud.

No hay que esperar a la valoración ética de estos dos tipos de pulso vital. Antes que hable la ética tiene derecho a hablar la pura biología. Sin salir de ella, desde un punto de vista estrictamente vital, nos parece el uno como un valor biológico positivo, como vitalmente bueno; el otro como un valor biológico negativo, como vitalmente malo. Luego vendrá la ética y habrá lugar para discutir si lo moralmente bueno y lo moralmente malo coinciden o no con esos otros valores vitales.

Por lo pronto tenemos que asegurar la salud vital, supuesto de toda otra salud. Y el sentido de este ensayo, suponiendo que lo tenga, no es otro que inducir a la pedagogía para que someta toda la primera etapa de la educación al imperativo de la vitalidad. La enseñanza elemental debe ir gobernada por el propósito último de producir el mayor número de hombres vitalmente perfectos. Lo demás, la bondad moral, la destreza técnica, el sabio y el «buen ciudadano», serán atendidos después (3). Antes de poner la turbina necesitamos alumbrar el salto de agua.

La pedagogía al uso se ocupa en adaptar nuestra vitalidad al medio, es decir, no se ocupa de nuestra vitalidad. Para cultivar ésta tendría que cambiar por completo de principios y de hábitos, resolverse a lo que aún hoy se escuchará como una paradoja, a saber: la educación, sobre todo en su primera etapa, en vez de adaptar el hombre al medio tiene que adaptar el medio al hom-

(2) En los psicólogos alemanes se habla muy frecuentemente de un «sentimiento vital», *Lebensgefühl*. Con este nombre se alude, sin embargo, a un fenómeno muy distinto del que arriba menciono. Por «sentimiento vital», entienden ellos exclusivamente la suma o resultante de nuestras sensaciones orgánicas o intracorporales (sensaciones de tensión muscular, vasculares, vago-simpáticas, algodónicas etc.), en que se funda esa impresión que solemos expresar diciendo: «Ahora me siento bien, o mejor o mal». Excluye, pues, ese sentimiento del estado carnal la vida propiamente psíquica. Además es como un balance de innumerables sensaciones previamente dadas, no su fuente. Sea dicho de paso que aun en este sentimiento y por razones que no son del momento, me parece erróneo este concepto tan usado en la psicología contemporánea.

(3) Este sería el lugar para mostrar que ninguno de esas calidades es posible normalmente sino como una emanación de una sana vitalidad. Pero las porciones de estos artículos lo impiden.

bre (4); en lugar de apresurarse a convertirnos en instrumentos eficaces para tales o cuales formas transitorias de la civilización debe fomentar con desinterés y sin prejuicios el tono vital primigenio de nuestra personalidad.

Para ello necesita aprender el tratamiento de las funciones psíquicas internas.

Entre éstas las más profundas y eficaces son los sentimientos. Sería interesante, si el espacio no lo vedara, desarrollar con alguna minucia el paralelismo entre sentimientos y emociones de un lado y las secreciones internas de otro (5). Sabido es que la actividad sentimental constituye una de las grandes objeciones contra el darwinismo y, a la par, uno de los problemas más difíciles en biología. El sentimiento, por lo menos primariamente, carece de utilidad externa. Que al tocar con el dedo una llama experimente el sujeto una sensación de dolor es útil, porque provoca el movimiento de retirar la mano. Pero que esa sensación de dolor suscite además un sentimiento de desagrado a veces tan vivo que lleva a contraer los músculos de la cara y a verter lágrimas no parece de provecho alguno. A veces el perjuicio es evidente. El miedo que la percepción de un peligro origina produce en ocasiones la paralización de la motilidad impidiendo la huida oportuna.

Pero no voy ahora a perderme en esta sugestiva ruta de la biología del sentimiento y de los gestos expresivos que de él se disparan. Me basta hacer notar al lector la superfluidad del sentimiento mirado desde el punto de vista de las actividades externas. La alegría o la tristeza son funciones internas, inútiles si se las refiere a la periferia de la vida, a la adaptación exterior, pero de clara eficacia si se mira hacia el centro íntimo de la vida. Porque, en resolución, ese pulso vital de que antes hablaba se nutre, potencia y regula a sí mismo por medio de emanaciones sentimentales.

Cuando en una corriente eléctrica se abre o cierra un circuito prodúcense corrientes inducidas que reobran sobre la corriente primaria de donde nacieron. Muy semejante a este fenómeno físico es la fisonomía de los sentimientos. Presentad al niño la imagen de Hércules echándose al hombro el toro de Creta o a Ulises sonriendo desde la marina mientras el ciclope aúlla de dolor con el asta astuta clavada en la frente: en la fontana vital del niño se producirá un estremecimiento y de él brotará a poco una flúida oleada de cálida irreal materia que inundará el volumen entero de su alma. Es el entusiasmo, ardiente ráfaga íntima que cruza nuestro paisaje psíquico con todo el dinamismo exaltador de una primavera momentánea. Las porciones de la psique que acaso estaban entumecidas y como solidificadas vuelven a licuarse y fluir bajo el nuevo calor. Nos parece haber perdido de peso, nos sentimos capaces de todo e inertes un momento antes, advertimos con sorpresa en nosotros una súbita posibilidad de heroísmo.

La alegría, la tristeza, la esperanza, la melancolía, la compasión, la vergüenza, la

ambición, el rencor, la simpatía y otras innumerables fuerzas del sentimiento tienen este mismo carácter de flujo humoral, que en el cuerpo caracteriza a las secreciones internas (6). La terminología más antigua indica ya la percepción de que los sentimientos tienen una consistencia flúida en comparación, por ejemplo, con los conceptos que son contenidos psíquicos de contornos precisos y que pulidos por la ciencia adquieren rigurosas aristas hasta parecer geométricos diamantes. Así melancolía significa propiamente «flujo negro» y nuestro idioma habla aún de buen humor y mal humor para denominar nuestro estado emocional. «Derrámole la melancolía por el corazón» dice Cervantes de Don Quijote en aquellos últimos capítulos tan delicadamente tristes.

Mediante reacciones sentimentales podemos, pues, favorecer o corregir el pulso radical de la vida psíquica. La técnica de estos influjos, la proporción o combinación

(6) Zoología y botánica han llegado a describir, diferenciar y clasificar minuciosamente hasta dos millones de especies animales y vegetales, sin que nadie las tache de bizantinismo. En cambio, la psicología sale al frente de la fauna y la flora psíquica, tal vez no menos ricas que las otras, con tres o cuatro docenas de conceptos y aun esos toscos y mal diferenciados. Esto es imperdonable. La psique es infinitamente más ingeniosa que nuestra psicología. Yo espero que se nos deje a los psicólogos un amplio margen para más sutiles distinciones y clasificaciones.

en que deben suministrarse las corrientes emotivas es, sin duda, bastante complicada. Sin embargo, la importancia pedagógica de ciertas emociones corroborantes no ofrece lugar a duda. El niño debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas. Un poco de violencia y un poco de dureza convendría también fomentar en él. Por el contrario, deberá apartarse de su derredor cuanto pueda deprimir su confianza en sí mismo y en la vida cósmica, cuanto siembre en su interior suspicacia y le haga sentir lo equívoco de la existencia.

Por esto yo creo que imágenes como la de Hércules y Ulises serán eternamente escolares. Gozan de una irradiación inmarcesible generatriz de inagotables entusiasmos (7). Un pedagogo practicante despreciará estos mitos y en lugar de tales imágenes

(Pasa a la página 135)

(7) Lo que hoy son para nosotros fueron a la hora de su nacimiento. En el libro que sobre Platón acaba de publicar Willamowitz-Moellendorf, el mejor conocedor de Grecia entre los vivientes, leo esto: «Has nacido bueno y puedes obrar certeramente como sólo querer. De tu propio esfuerzo depende todo y ni hombres ni dioses te estorbarán para que hagas lo que tienes que hacer. Para vencer, te basta con tu vigor, si sabes emplearlo. En estas palabras formularía yo lo que la leyenda de Hércules quería decir a los griegos». *Platón: su vida y sus obras*, 1919

José M. Eguren: Sus mejores poesías

(Véase la entrega anterior)

=Tomadas del *Boletín Bibliográfico* de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima. Entrega correspondiente a diciembre de 1924.=

=De *Simbólicas*. Lima, 1911=

La comparsa

Los reyes rojos

Desde la aurora
combaten dos reyes rojos,
con lanza de oro.

Por verde bosque
y en los purpurinos cerros
vibra su ceño.

Falcones reyes
batallan en lejanías
de oro azulinas.

Por la luz cadmio,
airadas se ven pequeñas
sus formas negras.

Viene la noche
y firmes combaten foscos
los reyes rojos.

Las torres

Brunas lejanías.....;
batallan las torres
presentando
siluetas enormes.

Aureas lejanías.....;
las torres monarcas
se confunden
en sus iras llamas.

Rojas lejanías.....;
se hieren las torres;
purpurados
se oyen sus clamores.

Negras lejanías.....;
horas cenicientas
se obscurecen
¡ay, las torres muertas!

Allí van sobre el hielo las figurantas
sepultando en la bruma su paranieve,
y el automóvil rueda con finas llantas,
y los ojos se exponen al viento aleve.

Allí están con la risa multicolora
cascabeles felices de la locura,
y al poniente fluctúa luz incolora,
y los méganos ciñe la nieve obscura.

Así pasan los bellos, claros semblantes
a la luna del alma, la luna muerta;
las que vimos festivas formas galantes
se pierden en las luces del alba incierta.

La amarilla corneja llora en la nieve
y en un sueño fenece su grito alado;
hoy seguir la comparsa nadie se atreve;
porque aquella alegría no ha regresado.

Lis

Con dulces begonias
danzaban las mimas,
con las ceremonias
de las pantomimas.

Azul, amarillo
el rostro pintado,
y al talle el cintillo
celestes dorado.

Y luego ampulosas
con sus crinolinas,
se pierden graciosas
en las bambalinas.

Y cien figurones
adornan el traje,
y sus pantalones
de nítido encaje.

(4) Nada más característico de la inversión a que se van sometiendo las ideas biológicas en nuestros días que los admirables ensayos de von Uxkull para estudiar la vida como una adaptación del medio al organismo. *Ideas del siglo xx*.

(5) El atraso en que la psicología actual se encuentra respecto a los fenómenos sentimentales es sencillamente escandaloso y un síntoma inequívoco de lo que fué el alma de estos últimos ochenta años afortunadamente transcurridos ya. Mis oyentes universitarios pudieron advertir la incalculable ampliación que cabe dar al estudio de los sentimientos en las seis lecciones sobre el amor y el odio que incluí en mi curso del año pasado. Pero ¡ay! el público no se da cuenta de que trabajar en nuestra universidad es escribir sobre arena o esculpir el mar.

Comienzan ambiguas,
añosas marquesas
sus danzas antiguas
y sus polonesas.

Y llegan arqueros
de largos bigotes,
y evitan los fieros
de los monigotes.

Y del piano-forte
en dulces vagancias
desfila la corte
de las elegancias.

Un beso a la blonda
—la de ojos morados—
y siga la rouda
de tiempos pasados.

Diosa ambarina

A la sombra de los estucos
llegan viejos y zancos,
en sus mamelucos
los vampiros blancos.
Por el templo de las marañas
bajan las longas pestañas;
buscan la hornacina
de la diosa ambarina;
y con signos rojos
la miran con sus tristes ojos.
Los ensueños de noche hermosa
dan al olvido,
ante la Tarde diosa
a dormirar empiezan,
y, en su idioma desconocido
le rezan.

Pedro de Acero

Pica, Pica
la metálica peña
Pedro de Acero.

En la sima
de la obscura guerra
del mundo ciego.

Pesarosas,
como trenos y llantos
se sienten voces:

De hora en hora
los primitivos salmos
y maldiciones.

Blondo el día
y el compas de la guzla
lejos, muy lejos.

Que en la mina,
más ponderoso, lucha
Pedro de Acero.

Syhna la blanca

De sangre celeste
Syhna la blanca,
sueña triste
en la torre de ámbar.

Y sotas de copas
verdelistadas
un obscuro
vino le preparan.

Sueños azulean
la bruma laca;
mudos rojos
cierran la ventana

El silencio cunde,
las elfas vagan;
y huye luego
la mansión cerrada.

La Tarda

Despunta por la rambla amarillenta,
donde el puma se acobarda;
viene de lágrimas exenta
la Tarda.

Ella, del esqueleto madre,
el puente baja, inescuchada;
y antes que el rondín ladre
a la alborada,
lanza ronca carcajada.

Y con sus epitalamios rojos,
con sus vacíos ojos
y su extraña belleza
pasa sin ver, por la senda bravía,
sin ver que hoy me muero de tristeza
y de monotonía.

Va a la ciudad que duerme parda,
por la muerta avenida,
y sin ver el dolor distraída
la Tarda.

Los robles

En la curva del camino
dos robles lloraban como dos niños.

Y había paz en los campos
y en la mágica luz del cielo santo.

Yo recuerdo la rondalla
de la onda florida de la mañana.

En la noria de la vega,
las risas y las dulces pastorelas.

Por los lejanos olivos,
amoroso canto de caramillos.

Con la calma campesina,
como de incienso el humo subía.

Y en la curva del camino
dos robles lloraban como dos niños.

El Duque

Hoy se casa el duque Nuez;
viene el chantre, viene el juez
y con pendones escarlata
florida cabalgata;
a la una, a las dos, a las diez;
que se casa el Duque primor
con la hija de Clavo de Olor.
Allí están, con pieles de bisonte,
los caballos de Lobo del Monte,
y con ceño triunfante,
Galo cetrino, Rodolfo montante.
Y en la capilla está la bella,
mas no ha venido el Duque tras ella;
los magnates postradores,
aduladores
al suelo el penacho inclinan;
los corvados, los bisiestos
dan sus gestos, sus gestos, sus gestos;
y la turba melenuda
estornuda, estornuda.
Y a los pórticos y a los espacios
mira la novia con ardor ...;
son sus ojos dos topacios
de brillor.
Y hacen fieros ademanes
nobles rojos como alacranes;
concentrando sus resuellos
grita el más hercúleo de ellos.
¿Quién al gran Duque entretiene ...;
ya el gran cortejo se irrita!...
pero el Duque no viene...;
se lo ha comido Paquita.

El dominó

Alumbraron en la mesa los candiles,
móviéronse solos los aguamaniles,
y un dominó vacío, pero animado,
mientras ríe por la calle la verbena,
se sienta, iluminado,
y principia la cena.

Su claro antifaz de un amarillo frío
da los espantos en derredor sombrío
esta noche de insondables maravillas
y tiende vagas, lucifugas señales
a los vasos, las sillas
de ausentes comensales.

Y luego en horror que nacarado flota,
por la alta noche de voluptad ignota,
en la luz olvida manjares dorados,
ronronea una oración culpable llena
de acentos desolados
y abandona la cena.

Lied III

En la costa brava
suená la campana,
llamando a los antiguos
bajeles sumergidos.

Y con tamiz celeste
y al luminar de hielo,
pasan tristemente
los bajeles muertos.

Carcomidos, flavos,
se acercan vagando...
y por las luces dejan
obscuras estelas.

Con su lenguaje incierto,
parece que sollozan,
a la voz de invierno,
preterida historia.

En la costa brava
suená la campana,
y se vuelven las naves
al panteón de los mares.

Juan Volatín

Los niños en la quinta
comienzan la velada,
en noche como tinta,
en noche desolada;
y tímidos y graves
se duermen al redor:
los grillos y las aves,
el trébol y la flor.

Y lámpara amarilla
fulgente reverbera;
destaca la mejilla,
la blonda cabellera;
presenta el escenario
de tierna juventud
y el campo funerario
cual lóbrego ataúd.

En mudo afán presienten
los niños los temores,
y en tanto que se sienten
los perros aulladores,
el valle desolado
divisan con pavor,
y escuchan desusado
levísimo rumor.

Juan Volatín cayó de la ventana,
Juan Volatín rodó sobre el cojín,
Juan Volatín, el duende vida vana,
comienza su enojoso retintín:

—«Cual cien atridas,
la vida paso,
quitando vidas,
desde el ocaso;
yo cruzo el mundo
con raudo giro;
yo no respiro
que en las gopuras
tramé locuras;
desde Bengala,
desde Valhala,
desde otro cielo;
y en sus confines
dí volatines
con suerte ducha.

Mas ¡ah! tunantes
los inconstantes...
¡nadie me escucha!
¡dónde están Cucha,
Veva, Monina?
La luz termina.
¡Todos se han ido!
solo me quedo!
¡Por Dios qué miedo
les he traído!»

Juan Volatín levántase del suelo
Juan Volatín con aire paladín...
Juan Volatín compone su capelo
y vuelve a su enojoso retintín

—«Cual viento mudo,
pasa la onda...
la gente blonda
marcharse pudo.
Solo he quedado...
como el soldado.
Que el Presidente
soy más valiente;
venga a mi lado
la fila aquesa...
veo cual pitas
sus piernecitas
bajo la mesa.
Callada venga,
no se detenga
la marejada
que bulle y crece,
la que parece
desorientada;
gordas pilluelas,
Susas, Estelas;
vengan Pichines;
que en volatines
de varios modos
yo espero a todos».

Ya viene la silfa
que mece la rosa,
florida, pequeña,
del campo la diosa;
en pluma cabalga,
y dulce sonriente
durmiendo las flores
camina al Oriente,

Con dardos agudos,
la siguen armados
cuadrillas, montones
de insectos dorados;
de guía le sirven,
le sirven de estrellas
cocuyos vistosos,
luciérnagas bellas.

Juan Volatín se muestra amilanado.
Juan Volatín esconde su espadín,
Juan Volatín confuso, avergonzado,
se sienta con un medio volatín.

La silfa piadosa,
se acerca a los niños;
las duerme, los duerme
con grandes cariños.
Les muestra paisajes
de mundos risueños,
allá en misteriosos
nublados de sueños.

Y luego la turba
de insectos atroces
a Juan Volatines
saludan a voces;
y pronto los vemos
picar a destajo
pescuezo, joroba
y abajo, y abajo.

¡Juan Volatín entrega su capelo!
¡Juan Volatín entrega su espadín!
Juan Volatín rodando por el suelo
redobla volatín y volatín.

La procesión

Una pálida procesión
como de marchitas flores,
se aleja en el jirón
de las casas multicolores.

Con opaca iluminación,
llegan mantos de alegría,
y de tribulación
a la nocturna lejanía.

En su dormido diapason,
ojos pasan infinitos;
dicen del panteón
lloros y besos inauditos.

Con vespertina gradación,
se alejan por los alcoves
a las de orquestación
tumbas de los emperadores.

Los alcotanes

De rudos troncos
y peñascales,
el vuelo tienden
los alcotanes.
Con rojas plumas,
con vista grave
y azules sombras,
van con donaire.
Su torvo pico,
sus ademanes,
su voz ahuyentan
robustas aves.
Y con deseos
impenetrables,
dejan del río
verdes cañares.
Por las alturas
pasan los baches,
las alquerías,
los andurriales.
Pues buscan siempre
las soledades;
llegan de ruinas
a los pilares.
Allí semejan
fuscus magnates
con intenciones
impenetrables.

Allí semejan
seres gigantes,
allí la sombra
de las edades.

Hesperia

¡Lámparas de la abadía!...
¡Cómo me siguen con murientes ojos!
con las cruces azules
y pensamientos rojos.

En la bóveda han llorado;
la ventura se pierde en el vacío...
¡Háblame, Hesperia!
oigo tu aliento frío.

Las lámparas me miran
otra vez; en el templo hay una fosa
que los chispeantes ojos
señalan, tenebrosa.

El motete callado
anuncia en el crucero noche yerta.
¡Oh, amor ensueño!
¡Oh, la pregunta muerta!

Lied IV

La noche pasaba,
y al terror de las nébulas, sus ojos
inefables reían la tristeza.

La muda palabra
en la mansión culpable se veía,
como del Dios antiguo la sentencia.

La funesta falta
descubrieron los canes, olfateando
en el viento la sombra de la muerta.

La bella cantaba,
y el florete durmióse en la armería
sangrando la piedad de la inocencia.

(Seguirá esta selección
en la entrega próxima)

Pedagogía de secreciones internas

(Viene de la página 133)

fantásticas procurará desde el primer día implantar en el alma del niño ideas exactas de las cosas. «¡Hechos, nada más que hechos!»—grita el personaje de los *Tiempos difíciles* a quien luego hace coro Mr. Homais. Para mí los hechos deben ser el final de la educación: primero mitos, sobre todo mitos. Los hechos no provocan sentimientos. ¿Qué sería, no ya de un niño, sino del hombre más sabio de la tierra si súbitamente fueran aventados de su alma todos los mitos eficaces? El mito, la noble imagen fantástica, es una función interna sin la cual la vida psíquica se detendría paralítica. Ciertamente que no nos proporciona una adaptación intelectual a la realidad. El mito no encuadra en el mundo externo su objeto adecuado. Pero, en cambio, suscita en nosotros las corrientes inducidas de los sentimientos que nutren el pulso vital, mantienen a flote nuestro afán de vivir y aumentan la tensión de los más profundos resortes biológicos. El mito es la hormona psíquica (*).

El arte, en general, tiene, comparado con la ciencia, un carácter de función interna. Es él una fabulosa inadaptación al medio y vive entero de irrealizar, de trastocar, de fantasmagorizar el mundo exterior. Por lo mismo, suele haber más vitalidad en el artista que en el científico, en el empleado o en el comerciante. Las personas exentas

de sensibilidad y atención para el arte, esto es, los filisteos son reconocibles por un peculiar anquilosamiento de todas aquellas funciones que no son su estrecho oficio. Hasta sus movimientos físicos suelen ser torpes, sin gracia ni soltura. Lo propio advertimos en el sesgo de su alma. Juzgado desde un punto de vista ampliamente vital el «especialista» suele producir la impresión de un idiota. Y es que falta en él la potencia fundente y efusiva del arte que mantiene siempre despierta la fluidez psíquica azuzándola en todos sentidos, alerta y vivaz.

Pero no quiero yo ahora entrar en tan complejas cuestiones. Mi propósito en estos artículos se reducía a empujar la curiosidad de mis lectores habituales hacia problemas y aspectos pedagógicos pocos frecuentados. Algún día, en lugar más idóneo tal vez vuelva sobre estas ideas con mejor orden y más amplitud, si entre tanto no se me derrama por el corazón demasiada melancolía.

José Ortega y Gasset

Madrid, marzo de 1920.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA 25.

(*) El libro de Cannon sobre *Dolor, placer y secreciones internas* daría algún derecho a afirmar que no tardará la terapéutica en usar metódicamente las impresiones poéticas y, en general, artísticas como medicinas para curar enfermedades corporales.

RAMÓN Gómez de la Serna está en París. Unos dicen que ha venido a robarse la Torre Eiffel. Otros, más benignos en la calumnia, afirman que viene a celebrar con Valery Larbaud, Cocteau y Compañía, un tratado de intercambio de gloria. Un furioso nacionalista, que le quiere mal, me asegura que el objeto de su viaje es, únicamente, el de traer a Francia la gripa española. Sus visos de verdad tiene esta afirmación, pues la llegada de Ramón corresponde con la reaparición de esa epidemia. Pero lo único cierto es que viene a descansar: estos son los primeros asuetos que toma, después de quince años de ininterrumpido trabajo, el forzado de la noche madrileña!

Sin embargo, todo es posible en el humorismo de Ramón. Nada de extraño tendría que se llevara, bajo el brazo, la Torre Eiffel. En cambio, si lo dejan solo en el Museo del Louvre, garantizo que no comete el más pequeño latrocinio, a condición de encerrar los Goyas bajo siete llaves. Posible es también que contamine a todo París con la *influenza* española, en venganza de haber dicho que él ha sufrido la *influenza* de! nuevo arte francés; pero si este hombre vengativo, capaz de contagiar al mundo entero, os siente con una décima de fiebre, os dará en el acto una sabia conferencia sobre higiene y un comprimido de cada uno de las diez especialidades farmacéuticas que lleva siempre consigo.

Ramón no necesita cultivar su popularidad internacional, y menos en París, por cuyo meridiano pasa todas las noches la fama del creador de las *Greguerías*. Él mismo nos ha dicho que esta andanza transpirenaica obedece a imperiosa necesidad de reposo; mas los que ignoran la manera que tiene de sosegarse, créenlo en exhibición porque lo han visto colgado de las corvas en una cuerda que sus admiradores le tendieron del Arco del Triunfo al Obelisco de la Plaza de la Concordia.

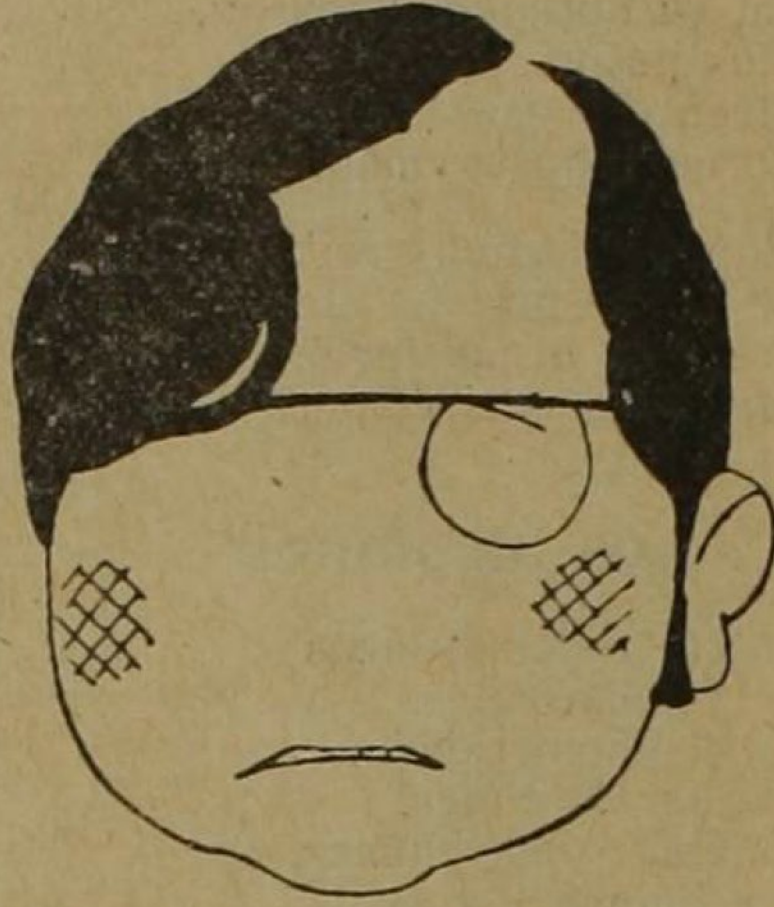
Efímero sosiego! La gloria, que estaba en atisbo, descubrió a Ramón en su retiro aéreo, y, de la noche a la mañana, lo hizo tan popular como a Alfonso XIII, en los tiempos en que París gritaba todavía: *Vive le roi!* Ahora grita: ¡Viva Ramón, el representante de la España literaria del siglo xx!, y el más grande de todos, agrega Valery Larbaud en un arranque de sincero entusiasmo. Diarios y revistas familiarizan al público parisiense con la efigie de torero, o más bien de picador, de este fenómeno que Madrid ha enviado a la Feria de las letras mundiales. Una poderosa estación inalámbrica lanza a los espacios planetarios e interplanetarios un saludo de año nuevo al gran Ramón de España, y doscientos amateurs de ondas hertzianas recogen el mensaje y se lo envían en fervorosas tarjetas postales. ¿Cómo adivinaron que esta original salutación de la gloria no era para las antenas de los otros Ramones españoles; ni las satánicas de Valle-Inclán, ni las líricas de Jiménez, ni las eruditas de Menéndez y Pidal, ni las sabias de Cajal?... Porque Gómez de la Serna ha embargado la antonomasia de su nombre!

El *Pen Club* glorifica a Ramón en una comida internacional, cuyo *menú* es, para «el héroe», una revelación de lo inverosímil culinario. (En otro ágape descubrió la toronja. Lástima grande que este tardío conocimiento nos haya privado de una comparación en el libro de los Senos!). Paul Reboux hace el milagro de inventar un nuevo cocktail, y lo bautiza con las cinco letras que flotan sobre las chimeneas de París: *Ramón!* Queréis la receta? Mezclad toda clase de licores blancos y ponedle una gota de azul de Metileno. Batid luego; batid hasta sudar, para tener la ilusión de una canícula andaluza, y servíos, en cristal de Baccarat, un poco del cielo español.

Críticos y artistas de music-hall y de café

Con Ramón Gómez de la Serna

—De Cromos. Bogotá.—



(Caricatura de Bagaria).

concierto, payasos y maromeros, domadores y equitadores han honrado también al célebre historiador del circo, con un banquete—pantagruelico, naturalmente—en el cual se pronunciaron grandes discursos. Ramón los escuchó, sin entenderlos en beatífica actitud, y a la hora del agradecimiento, en vez de lucir sus talentos oratorios, como lo hubiera hecho cualquier académico, imitó el canto del gallo, pero sin abrir los labios ni mover la boca, cual un consumado ventrílocuo. Este *cocoricó*, salido del vientre de Ramón, tiene el valor de un bello símbolo: vale por una oda al país de Chantecler!

Los coleccionadores de autógrafos y los admiradores anónimos, se han atropellado en la librería Flammarión, para comprar, por doce francos, la firma del autor de *El Circo*, de *El Incongruente* y de *La Viuda blanca y negra*. Ramón, satisfecho, sonriente, infatigable, desenroscaba en los volúmenes la larga serpiente de su nombre. Este primer contacto con el «gran público» parisiense, le ha hecho saborear un triunfo de mayor valía que las aclamaciones en los Ateneos, las loas de la crítica y la admiración de los contertulios de Pombo: una gloria franca, espontánea, como la que aureola al fenómeno en el tablado de una feria.

Mañana tendrá lugar la consagración oficial en el *Circo de Invierno*. Suspendido de una argolla, un sacerdote de la nueva estética hará la homilía del arte de Ramón, mientras éste enseñe, desde un trapezio, las mejores piruetas de su espíritu. Luego, una misa pontifical, y comunión con champaña, servida (así se anuncia) por dos payasos y un domador de la Osa Mayor...

Anhelaba conocer a Gómez de la Serna, y la casualidad me colocó a su lado, la noche de San Silvestre, en casa de René Bizet, poeta, crítico de music-hall y *comentador* de discos fonográficos. Una cena íntima nos intimó los espíritus, pero, por desgracia para la promesa de deleite que me tenía hecha, el *escrit* de Ramón, vertido en un francés infantil, había perdido todos sus destellos. Trato de agujonear en español al ingenio madrileño, mas inútilmente. Hallo en él algo de sentimental que me desconcierta. Si le habrá atravesado el corazón la duodécima flecha del Santo que caza el tiempo!... Nos-

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BRILAUNDE.
Número suelto..... UN SOL
Apartado N.º 176. Lima Perú

talga de Madrid, quizás?... No es posible que esta sensibilidad del mundo nuevo—cosmopolita, fuerte, cínica—esté

suspirando por su reverbero y su pez rojo, por su chimenea y su *Pombo*. Indudablemente, Ramón no está en su noche!

—Y su anunciado viaje a América?, interrogo.

—Cuando pueda hacerlo en avión o en Zeppelin.

—Claro, como que usted en barco sería un anacronismo.

—Y crea que me corre prisa el conocer esos países, donde la vida se transforma con tanta rapidez. Debo ir antes de que la mía se quede atrás. Eso de poder atravesar veinte fronteras sin cambiar de diccionario, es en verdad muy tentador. México, sobre todo, me atrae de manera irresistible. Rusia y Méjico están hoy por encima del mundo.

(Pienso en la absurda gota de azul de Metileno que ha puesto Reboux en el cocktail *Ramón*).

—A propósito de Rusia, agrega, ¿tiene usted alguna opinión personal sobre el país de los Soviets? Yo hago colección. La observación de Diego Rivera es muy original: «En Rusia no se oye hablar sino de amor»; y como él no entiende el ruso, su observación me parece en extremo interesante. Segovia ha encontrado que Moscú se parece a Sevilla. Eso es tener ojos para ver lo que no ven todos los ojos! Pero si yo fuera a la tierra bolchevique, no la juzgaría ni auditiva ni visualmente.

—Entonces?...

—Al tacto!

He vuelto a toparme con él en un café del Barrio Latino, entre una corte de ocasión: un costarricense, un guatemalteco, un peruano, un argentino y dos representantes de editores que quieren verter a lenguas imposibles, que no hablan ni los mozos del *Café de la Paix*, las sesenta obras de Ramón. Pero estaba abatido. Treinta y nueve grados de fiebre. Sus manos enanas, las manos más pequeñas de la creación, en las que la nigromántica Marice Choisy acaba de leer los destinos del arte moderno, subrayaban temblorosamente las palabras. Un típico caso de *surmenage* ocasionado por la gloria! La gloria lo tiene cogido en París como con una grapa; y lo peor es que le ha revolucionado la rotación de la tierra: en Madrid le raya el alba a las cinco de la tarde, y aquí, al mediodía. Cinco horas menos de sueño, o de paseo sonambulesco «por los techos de la extrema verdad».

Nos da una conferencia sobre gripa, materia que conoce a maravilla. (Uno de sus próximos libros se titulará *El Griposo*.) Hace el elogio de las drogas; nos revela las profundas virtudes del aceite de ricino, y abomina del agua, del agua sentimental (la que no ha sido hervida), que, por causas ignoradas hasta ahora de la ciencia, produce, en determinados instantes, idénticos efectos *morales* en todos los que la beben.

Ahora tampoco está en su día. Ayer vació su delicioso anecdotario y exprimió su ingenio en las columnas de *Les Nouvelles Littéraires*, y nada le resta para nosotros. ¿Por qué no traería aquel célebre frasco, grande y profundo, donde se aprovisiona de ideas?... O será acaso por falta del monóculo, ese aro de carey o de metal que obliga a Ramón a prestarle a la vida una atención más humorística?...

«Mi péndulo, ha dicho, oscila entre los polos contradictorios, entre la evidencia y lo inverosímil, entre lo superficial y el abismo, entre lo grosero y lo extraordinario, entre el circo y la muerte».

Hoy, desgraciadamente, está parado sobre la banalidad cotidiana.

MIGUEL SANTIAGO VALENCIA

REPUBLICANOS y Demócratas decidieron esta vez celebrar sus convenciones en aquella parte del país donde confrontan sus más grandes dificultades. Los Republicanos fueron a reunirse a Kansas City, en medio del Oeste agitado por el descontento de los *farmers*, quienes desde hace tiempo están reclamando una legislación que les ayude a salir de apuros; y los Demócratas a Houston, Texas, en el Sur, que dominado por prejuicios ancestrales de religión y de raza se resistía a aceptar la candidatura del Gobernador Smith. Los unos y los otros, siguiéndose por aquel proverbio nuestro que reza: «Al toro bravo a la raíz del cacho», pensaron que era mejor dar la batalla inicial allí donde contemplaban las mayores resistencias.

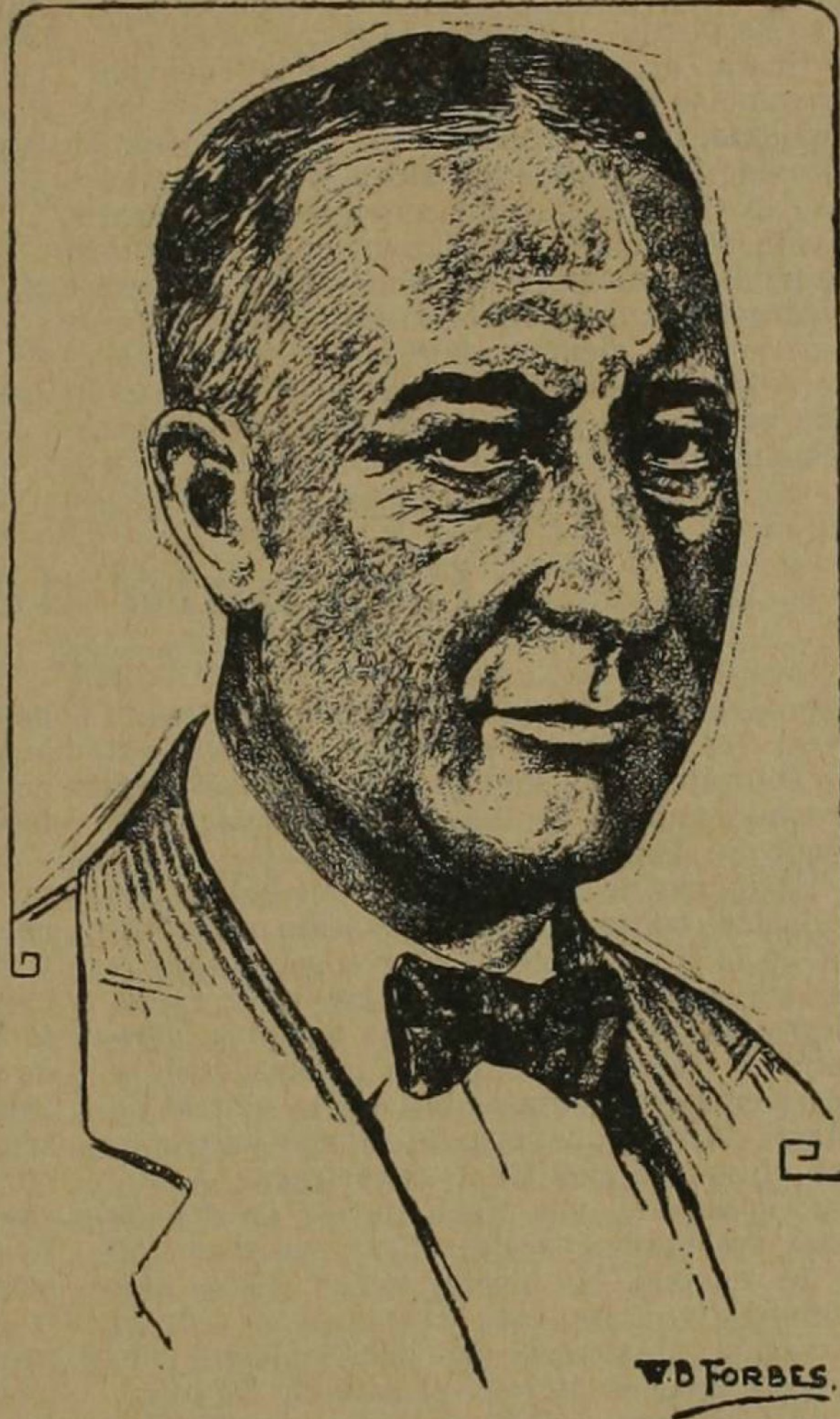
Los Republicanos pronto se pusieron de acuerdo en nominar a Hoover para Presidente y a Curtis para Vice Presidente, un *tiquete* que si no resulta muy armonioso en sus tendencias, ya que estos dos hombres andan divorciados en muchos puntos y especialmente en el que atañe al problema agrario, tiene la ventaja (al menos esta es la esperanza de los que lo arreglaron) de atraer los votos del Este industrial y del Oeste agrícola.

La nominación de Smith, aunque sus partidarios la daban por un hecho y el sentimiento de ciertas secciones del país la indicaba como muy probable, tuvo que vencer antes la animosidad de aquellos que no se resignan a ver en la Casa Blanca a un irlandés, católico por añadidura, y resultó bastante dramática, como dicen estos yanquis refiriéndose a estas enormes mascaradas políticas.

Smith es sin duda el hombre más fuerte del partido demócrata y sólo a unos pocos obcecados se les oculta que es quien tiene más probabilidades de triunfo en las elecciones de noviembre. Su nombre causa gran entusiasmo en los Estados del Atlántico y en no pocos del Norte y del Middle West. Los mismos Republicanos conceden que nadie dentro de las filas democráticas ejerce la fascinación sobre las masas que el hábil político que ha ocupado durante cuatro términos la gobernación de New York, pero contra él militan los más agresivos fanatismos. Unos le rechazan por sus ideas «húmedas», otros por sus entronques con Tammany Hall y casi todos, aunque no quieran confesarlo, por su catolicismo. Los exaltados, entre ellos un Senador de Alabama, no hacen secreto de esto, y alegan las más absurdas suposiciones: Smith en la Presidencia pediría órdenes de Roma y un buen día veríamos a los muchachos americanos alistándose bajo las banderas del Papa para invadir a México y restablecer a los obispos y sacerdotes. Claro es que la gente que tiene algo más que huesos y piel en la cabeza se ríe de estas cosas, pero tales exageraciones indican, sin embargo, un fuerte sentimiento en el fondo, y no han faltado tampoco quienes hábilmente hayan pretendido sustanciarlo con argumentos teológicos e históricos tendientes a despertar alarma alrededor de su credo religioso.

La lucha se anuncia, pues, interesante. Será curioso ver si estos absurdos prejuicios, que pretenden excluir de las grandes dignidades de la República a un hombre, nada más que por sus ideas religiosas, pueden más que el criterio liberal en una República nacida bajo la advocación de la libertad y de la tolerancia.

Espíritus superiores y de neta filiación protestante han condenado en términos elocuentes a los fanáticos que se empeñan en hacer una plataforma política del hecho de que un candidato prefiere la católica a las demás iglesias. Mas esto no detiene ni detendrá la ola intolerante.



Al Smith

Pastores bautistas y jefes de sociedades abstemias seguirán combatiendo a Smith y disimulando su encono sectario con el pretexto del prohibicionismo.

Veamos que hay de verdad en esas críticas. Cualquiera que haya vivido un poco en este país y que se haya movido en otros círculos que los *Sunday Schools* y los *Church Suppers* sabe que la prohibición, lejos de conseguir su objeto, está causando serios males, entre los cuales no es el más pequeño el desrespeto que engendra hacia la ley. Todo el mundo está de acuerdo en considerar definitiva la supresión del Saloon, que era realmente cosa vergonzosa y que debía a todas luces suprimirse, pero el fanatismo religioso se mezcló en esto y fué demasiado lejos al fijar el porcentaje de alcohol en las bebidas, y el resultado tenía que ser por fuerza traer una inmensa peste de *bootleggers* contra la cual poco o nada han podido ocho años de regimen seco, esto es, seco de nombre, pero húmedo, muy húmedo en los hechos.

Esta experiencia debiera servir a los que entre nosotros padecen la ilusión de cambiar radicalmente las costumbres de los hombres por medio de leyes. Ciertamente repugna ver al estado ocupándose de fabricar licores, mas hay también un peligro grande que olvidan los que abogan por suprimir la Fábrica de golpe, y es el incremento que tomaría el contrabando en sus dos horribles formas: la destilación y la importación clandestina, la primera de las cuales entraña además una gravísima amenaza para la salud del pueblo, peor, mucho peor de la que se trata de remediar.

Don Cleto hace más que bien en ir despacio y con tiento en estas cosas. No es posible transformar a las gentes de una plumada, y si se quieren evitar fracasos y desilusiones dolorosas, vale más tratar el asunto con

visión clara de sus dificultades y limitaciones. La educación, acompañada de medida discretas de temperancia, es después de todo el camino seguro. Toma, claro está, tiempo, pero lo que con ella se obtiene resulta siempre una conquista duradera. El deber de los sobrios sería dar ejemplo de sobriedad al dictar las leyes y no dejarse embriagar demasiado de sus buenas intenciones y de la ilusión popular que hay, según el Profesor de Derecho James C. Carter, de realizar el bien por medio de la promulgación de una ley. «Nada es más atractivo», agrega este sabio jurista, «para la vanidad benevolente de los hombres que la noción exagerada de que es posible efectuar una gran mejora en la sociedad por el simple proceso de prohibir con leyes todo mal comportamiento y asegurarse por este mismo medio toda buena conducta».

Smith es de los pocos que han tenido valor de expresar sinceramente su opinión sobre el problema y de aconsejar modificaciones del estatuto que prohíbe la elaboración, transportación y consumo de licores en el territorio de los Estados Unidos. Aquellos a quienes no satisface el estado actual de cosas esperan que al aceptar Smith la candidatura defina sus ideas al respecto y ofrezca un plan completo para librar al país, tanto de los *bootleggers* como de los absurdos extremos de metodistas y demás fanáticos. El candidato demócrata sabe la animosidad que provoca su actitud, pero no le arredra la batalla. El no es de esos hombres que hacen del silencio un pedestal y callan, o porque tienen miedo o porque no tienen nada que decir. Smith es un luchador de pura raza. Su vida toda ha sido de lucha, lucha primero con la miseria de su origen, luchas políticas de distrito, luchas luego de ciudad, luchas y más luchas en el estado republicano que lo ha elegido a él, demócrata, cuatro veces gobernador.

Admirable carrera la suya! Hijo de emigrantes, nacido en una barriada pobre de New York, educado en una escuela parroquial, sin valimientos sociales, sin ayuda de familia, él ha sido su propio maestro y el autor único de su espléndido destino.

Los americanos, aunque parezca raro, se pagan bastante de los grados académicos, a los cuales llaman, en su afán de abreviarlo todo, por sus letras. Así un Doctor en Filosofía es Ph. D., y un Bachiller en Artes, un A. B.; pues bien, se cuenta que alguien preguntó a Smith cuando era representante del Congreso del Estado qué grado tenía.

—«F. F. M.» repuso, y como el curioso no supiera qué cosa podría significar esto, *Fulton Fish Market*, agregó, el nombre de un mercado de pescado donde había servido de muchacho.

Sin embargo, este hombre, que se lo ha enseñado todo a sí mismo, conoce, en opinión de muchos, las leyes de su Estado mejor que muchos abogados, y tiene lo que muy pocos, un sentido común extraordinario, si se nos permite la paradoja. El triunfo de Smith es en efecto el triunfo del buen sentido aplicado a los asuntos de gobierno. Nada más lejos que la personalidad pintoresca del Gobernador de New York de la idea que nos hacemos nosotros de un hombre culto. Smith ha dedicado todo su tiempo a las tareas de su cargo y apenas si ha podido leer uno que otro libro que no sea de su provincia administrativa. Él no quiere confesar más lecturas de esta clase que la de un libro sobre la vida del pugilista John L. Sullivan; pero esto, lo mismo que su tendencia a hablar en vernáculo, puede que sea más bien una *pose* del hábil político para ganarse la adoración de las masas. Sus discursos y mensajes acaban de publicarse en

un tomo cuidado por Henry Moskowitz, cuya señora se indica como el mentor oculto del Gobernador. Sea ello lo que fuere, hay que reconocer que su estilo, limpio de retórica, podría servir de modelo en punto a concisión y claridad a tantos políticos palabreros.

Smith no es un orador de «aire caliente» ni un demagogo atento sólo a despertar pasiones en su auditorio. Nada de eso. El no habla sino de lo que sabe y siempre para exponer claramente lo que ha hecho o lo que piensa hacer en beneficio del pueblo. En sus campañas prefiere referirse a su record de Gobernador o a proyectos concretos que perderse en abstracciones, mas no por esto resulta seco y aburrido. Smith no puede ser seco en ningún sentido. Todo lo contrario, en el arte de interesar a las masas en la marcha del gobierno, Smith pasa por un maestro consumado. Nadie le gana en lucidez y sencillez para explicar las cuestiones más abstrusas de finanzas o de organización administrativa y dramatizarlas hasta un punto insospechable. Cuando lo enardece la lucha sabe ser también irónico y sus sarcasmos han reducido a la nada en más de una ocasión a sus enemigos. Dígalo sino Teddy Roosevelt, el hijo de papá Roosevelt, cuando quiso atravesarse en el camino de Albany la última vez.

El secreto de su fuerza está, sin embargo, más que en su *sense of humor* o en su carácter pintoresco, en la sinceridad con que estudia y expone los problemas de administración. Si Smith no ha contemplado antes un asunto bajo todos los ángulos posibles, no tiene empacho en confesar que no se ha formado opinión sobre él y en callarse, pero cuando se decide a hablar es para decir algo y cada palabra suya pesa una libra.

Esta sinceridad o buen sentido, como quiera llamarse, le ha evitado pasos en falso y le ha hecho grande a pesar de sus limitaciones. Un mediocre en su lugar trataría de disimular con palabras su deficiencia y de dar una impresión falsa de sus capacidades. El talento de Smith repugna la hojarasca y se manifiesta siempre lo más desnudo de adornos retóricos que puede. Por lo limpio y agudo parece una espada de buen temple. Su *bonhomie* e ingeniosas salidas ayudan a explicar la atracción que ejerce sobre el pueblo. Smith es un hombre común. Su persona, su nombre mismo, es común. Smith es en inglés sinónimo de Pérez en español. No que sus maneras sean groseras, ni que le falte discreción para conducirse entre las gentes de mundo, sino que su porte y sus gustos están más cerca de la masa popular, que de la minoría aristocrática. Este bañista de Coney Island, este entusiasta de la naturaleza desentona en los salones de ahora como Franklin en los de la Francia siglo dieciochesca, pero así como Franklin gracias, a su genio, se hacía perdonar sus medias de algodón en la Corte de los Luis, Smith impone su cigarro-puro y su acento del East Side entre los aristócratas del cheque y los elegantes de Fifth Avenue.

Si las elecciones de noviembre le dieran el triunfo, los Estados Unidos tendrían un Presidente netamente democrático, no sólo de nombre sino de hecho. Probablemente no se haría retratar amontonando heno como un *pictorial farmer* al estilo de Coolidge, pero el pueblo tendría en él un amigo listo a remediar sus necesidades y a mejorar su condición. Hay quienes ven con horror esta posibilidad, pero los tales olvidan que la Casa Blanca fué habitada una vez por un Lincoln cuyas historias eran tan crudas como las anécdotas de Al Smith, y podrían encontrar en punto a malos modales más de un antecedente en la historia de los Presidentes de la Unión. El *American Mercury* que edita ese diablo de Mencken pu-

blicó hace poco un artículo iluminador a ese respecto.

Smith calza perfectamente en la tradición lincolniana y es el tipo representativo de las cualidades y limitaciones de la gran mayoría americana. Bien venido a Washington si esa es la voluntad de sus conciudadanos. En la elección del Ejecutivo de esta gran República no tienen que hacer nada las consideraciones de elegancia. Esta es una democracia de ciento veinte millones de hombres y lo importante es encontrar un leader con capacidad y habilidad bastantes para manejarla, aunque no sea un académico y

aunque tenga que sufrir a veces la etiqueta.

Smith en la Presidencia de los Estados Unidos será la revelación de la verdadera democracia en el orden político, como fue Whitman, ese otro hijo ilustre de Manhattan, en el orden literario.

*Walt Whitman, a kosmos, of Manhattan the son,
Turbulent, fleshy, sensual, eating, drinking and
[breeding,
No sentimentalist, no stander above men and
[women or apart from them,
No more modest than immodest.*

Boston y julio de 1928.

El vuelo de Fierro

=De *El Mexicanista*. México, D. F.=

EL aviador Fierro, embajador del pueblo y del gobierno mexicano, llevará pronto un mensaje de amistad a las Repúblicas Centroamericanas y Antillanas, en un magnífico vuelo de buena voluntad.

Partiendo de la legendaria ciudad de los Palacios, testigo de la civilización asombrosa de la Raza Azteca, Fierro se dirigirá a la Habana, la deslumbradora capital de Cuba, tierra de las mujeres lujosas y bellas. Después de haber recibido las aclamaciones y los homenajes entusiastas de la patria de Martí, cruzará nuevamente el mar para ir a las otras capitales Centroamericanas, a afirmar la amistad y el afecto de los mexicanos para sus hermanos de sangre, de tradición y de destino. No puede haber hecho más significativo que esta nueva proeza de la Aviación Mexicana, que debe ejecutar uno de los jóvenes héroes, el aviador Fierro.

Si Carranza y Pacheco han llevado por todo el mundo, con sus magníficos vuelos, el nombre de la Patria Mexicana, y han hecho fijar sobre ella, desde hace tres meses, la atención y admiración generales, colocándola definitivamente entre las primeras potencias, entre las que marchan en primer lugar, en el camino del progreso y del mejoramiento de la humanidad, Fierro llegará aureolado del prestigio de sus émulos en la gloria, para confirmar a nuestros pueblos, que la tierra mexicana, siempre hospitalaria para sus líderes y héroes perseguidos y que nunca ha dejado de ser maternal a sus infortunios, a sus miserias y a sus desgracias, reclama hoy solemnemente el puesto de honor y de peligro, de Porta-luz y de porta estandarte de la Gran Patria *Latino-Americana*.

El aviador Fierro irá a cada una de las capitales que hace poco visitó Lindbergh, el héroe de la aviación Norte Americana. ¡Con qué amor, fué aclamado! Es cierto, porque es un joven magnífico, porque todo lo que es de veras grande, atrae la admiración y el aplauso entusiasta de las muchedumbres. «Con más amor todavía recibirán a Fierro los Centro-Americanos». Lindbergh, a pesar de ser un héroe puro, personificaba la fuerza y la potencia de una mentalidad imperialista, capitalista, pues, contraria y agobiadora; mientras que Fierro es un joven que sintetiza el genio de la raza Latino-Americana, largo tiempo perseguida y calumniada; es un hermano que demuestra hasta la más completa evidencia, la falsedad y la inquina de los detractores y prueba que la unión y la concordia de nuestros pueblos, la voluntad y el desinterés de los ciudadanos, no está lejos.

Sólo que en su itinerario oficial el aviador Fierro, no ha inscrito o no ha podido inscribir a Nicaragua, a Santo Domingo ni a Haití, es decir, a ninguna de las infortunadas patrias hermanas, que hoy gimen entre las garras yanquis y bajo la dictadura impía de tiranuelos imbéciles, traidores y mal hechores. ¡Ay, aunque siento mucho esta omisión, la comprendemos muy bien! El pue-

blo haitiano, por ejemplo, se aprovechó de la pasada de Lindbergh, para manifestar de una manera muda, pero significativa, su protesta contra la ocupación militar americana y su inconformidad con la odiosa caricatura de gobierno, que las bayonetas yanquis han impuesto. A pesar de la pureza de su gloria y del prestigio de su nombre, el pueblo haitiano rehusa recibirlo y aterriza en Puerto Príncipe, Lindbergh, en un campo lleno de cartelones que en grandes caracteres ostentaban las palabras *Viva Sandino* y en seguida atraviesa calles desiertas, escoltado únicamente por dos oficiales americanos, por Bornó y su corte de *demi-mondaines*. Al paso del más grande héroe americano, las puertas se cerraron, los transeuntes volvían las espaldas; los círculos prefirieron ser totalmente disueltos que recibirlo. Los oficiales americanos, Bornó y sus secuaces no han podido digerir aún, la terrible afrenta causada por el pueblo y la sociedad haitianos, burlando tan cruelmente a Lindy.

Por lo contrario, si Fierro fuera a Haití, la noticia de su paso determinaría en las masas haitianas un desbordamiento de alegría; el pueblo haitiano, cuya hospitalidad es proverbial, tomaría su revancha y haría gala de toda su coquetería para hacer al As mexicano, para hacerle una recepción tan cordial, tan afectuosa y tan calurosa, que por su cuenta, los ocupadores americanos y los oficiales negritos, recordando la afrenta a Lindbergh, serían tan mortificados, que desencadenarían una vez más su odio salvaje e imbécil, contra los líderes de este pueblo mártir y se vengarían con el héroe mexicano, manifestándole su brutalidad y descortesía.

Hnos. Moraviah Morpeau

Consultorio Optico "Rivera"

EXAMENES DE LA VISTA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención

en el desarrollo de recetas
de los señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO

MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSÉ DE COSTA RICA — CORREO 349

Denunciando calumnias

Lima, 25 de julio de 1928.

Sr. D. Joaquín García Monge,

San José.

Muy estimado compañero:

En el N.º 21 de *Repertorio Americano* leo un artículo del señor Cristóbal de Castro sobre Gorki y el Soviet, tomado de *La Libertad* de Madrid. La selección habitual del material de *Repertorio* otorga a ese artículo arbitrario y mendaz un lugar inmerecido en la atención de los lectores de tan apreciado y representativo periódico. Esta me parece una razón decisiva para oponer a tiempo a las caprichosas aserciones del cronista de *La Libertad* un desmentido, para el cual me siento tan autorizado como cualquiera de los colaboradores de *Repertorio* que siga—aunque sea desde lejos—el trabajo de Máximo Gorki y sus relaciones con la Rusia soviética.

Acucioso instigador del odio burgués a la Revolución, el señor Cristóbal de Castro no ha encontrado mejor manera de servir este odio que inventar a Gorki un repudio absoluto de los soviets y a éstos una cainita persecución del insigne novelista. De esta persecución habrían pretendido desagrararlo—según el señor de Castro—con el homenaje que le han tributado en su sexagésimo cumpleaños.

Todas las aseveraciones del artículo mencionado son temerariamente falsas. El júbilo, el clamor con que el pueblo ruso ha saludado el retorno de Gorki a su patria, refrendan plebiscitariamente el homenaje soviético. Y, contra todo lo que es capaz de afirmar don Cristóbal de Castro, Gorki ha vuelto a Rusia solicitado por un irresistible y espontáneo impulso interior.

Gorki es, como escribe Víctor Serge, el testigo de la revolución, el testigo lúcido, alerta, ferviente. Serge define con certeras palabras este papel: «Gorki sabía, veía, juzgaba, comprendía todo. Veía lejos, veía justo, de una manera que le era propia (y que además no era la nuestra...) Otros, que hacían la revolución veían infinitamente mejor que él, que no aspiraba a este rol, lo que se debía hacer, los fines y los caminos. Estos no tenían la aptitud de ahondar en el contenido humano de sus propios actos, de comprender al enemigo de otro modo que como enemigo, de ver la revolución diversamente que como una grande y ruda tarea por proseguir sin debilidad. Gorki era su igual y su hermano; pero un hermano diferente. La historia es hecha por las masas; pero las masas se encarnan en hombres en las horas críticas de la historia. En esta hora de la Revolución había un hombre que era el cerebro de la República, otro que era su voluntad de vivir y su espada, un tercero inflexible y probo que era el Terror. Gorki era el testigo».

Me parece difícil precisar mejor la misión, el sino de Gorki frente a la revolución rusa.

El testimonio del gran escritor no acepta tergiversaciones. Ningún testimonio ha sido, sin embargo, tan tenazmente invocado y mistificado por los enemigos de los soviets. Cuando Gorki, urgido por su campaña a favor de las víctimas del hambre, más que por su estado de salud, salió de Rusia en 1921, la prensa burguesa propagó las más insidiosas conjeturas sobre sus relaciones con los soviets. En diciembre de 1922 visité a Gorki en Saarow Ost (1). Le escuché entonces un terminante desmentido de las pa-

labras que se le atribuían. Gorki, de incógnito en Saarow Ost, se negaba a todo reportaje. Esto no obstaba para que las agencias telegráficas difundiesen entrevistas a las que jamás se había prestado. Su posición no había cambiado: su admiración a Lenin, de la cual dan fe páginas archinotorias, se mantenía intacta. Volvería a Rusia apenas su salud lo consintiese y su trabajo lo reclamase. Así ha sucedido: convalecidas sus fuerzas en Saarow Ost, Capri y Sorrento, Gorki ha regresado a Rusia, nostálgico de su gente, para escribir una novela de la vida obrera. *Los Artamonov*, su última obra, es una novela de la vida burguesa. La historia de los Artamonov concluye cuando la revolución empieza. Para su nuevo trabajo, Gorki necesita documentarse en la misma Rusia.

Como vemos, no faltan hoy mismo periodistas inescrupulosos que mienten en torno a este tema. El señor Cristóbal de Castro, en su artículo de *La Libertad*, desahoga una vez más su encono inepto y mezquino contra la revolución rusa, exhumando los más desacreditados embustes acerca de la actitud de Gorki ante los soviets. Al revés de Gorki novelista, el señor Cristóbal de Castro no ha menester de documentarse para tratar cualquier asunto. Tiene la osadía irresponsable del gacetillero para afirmar cualquier cosa, sin ningún temor de engañarse, sin ningún temor de engañar a sus lectores. Le bastan para escribir la historia los recuerdos dispersos de sus lecturas apresuradas y vulgares. Puede escribir la biografía de Gorki, sin haberse acercado jamás a su obra ni a su vida. *El hombre y los ex-hombres* se titula el lamentable artículo de este lamentable don Cristóbal, porque su autor tiene la curiosa sospecha de que el de los ex-hombres es el asunto central de toda la obra de Gorki. Afirma que «al estallar la revolución bolchevique, Máximo Gorki culminaba su apostolado por los ex-hombres», confundiendo probablemente a los ex-hombres con el proletariado ruso. Esta afirmación sola es bastante para advertir que el señor Castro no conoce la obra de Gorki sino de oídas, por lo que se conversa sobre ella en los cafés. De otra manera, nadie habría podido formarse un juicio tan sumario y grosero.

Haré gracia al lector de los demás truculentos lugares comunes de que el cronista de *La Libertad* se vale para explicar a su modo la posición de Gorki ante los soviets. Me interesa denunciar su más flagrante y personal mentira: el eje mismo de su divagación.

No obstante su costumbre de servir a la glotonería de su público cualquier vulgaridad, el señor Cristóbal de Castro no habría escrito este artículo si no hubiese tenido algo que decir de la reciente novela de Gorki, aún no traducida, creo, al español. He aquí lo que dice: «En Capri, junto al mar azul, el apóstol de los ex-hombres fue metodizando sus cóleras por la reflexión y sus juicios por el documento hasta dar en su libro *Los Artamonov* un robusto resumen del comunismo al través de tres generaciones: el mujik, de la época de los siervos; el industrial dilapidador de la época zarista y el revolucionario bolchevique. Generación aldeana y crédula. Generación industrial y ambiciosa. Generación revolucionaria y tiránica. Las tres generaciones de Artamonov no sólo se dañaron a sí mismas, sino que quitaron la fe y la paz a los siervos, a los mujiks, a los obreros de toda Rusia».

Precisamente sobre este libro de Gorki he escrito,—casi al mismo tiempo que el señor Cristóbal de Castro el suyo,—el artículo que, en recorte de la revista peruana

Mundial, le adjunto. (Me diferencia del señor Cristóbal de Castro el hábito de no comentar o resumir sino libros que he leído). Y me siento dispuesto a suponer que el señor de Castro no conoce *Los Artamonov* sino a través de uno de esos retazos de crónica, recogidos sin ningún discernimiento crítico, de que sin duda se sirve muchas veces para su trabajo periodístico. Porque, en caso de haber leído *Los Artamonov* su absurda interpretación lo dejaría en muy mala postura. Resultaría que el escritor de *La Libertad* no sólo está mal informado por gacetilleros presurosos y confusos sino que es incapaz de informarse mejor por su cuenta. Habría leído *Los Artamonov* sin entender palabra del asunto.

Remito a los lectores al libro de Gorki (traducción italiana de Erme Cadei, Milán, Fratelli Treves). Les será fácil enterarse de que ni el asunto ni los personajes de *Los Artamonov* explican ni reflejan el comunismo. Las tres generaciones de la familia Artamonov que nos presenta Gorki son tres generaciones burguesas. El fundador de esta precaria dinastía de burgueses de provincia, procede del servicio de un príncipe, de quien la abolición de la servidumbre lo ha emancipado con un regular premio. Ilia Artamonov es un siervo emancipado como los que se encuentra en los orígenes de la burguesía de otros países. Es un campesino, pero no es propiamente un mujik. Proviene quizá de una generación aldeana y crédula, pero él mismo no lo es. En Ilia Artamonov se reconoce más bien el impulso creador, la codicia fecunda que mueve el surgimiento de toda burguesía. Toda la obra de la familia Artamonov—una fábrica y sus provechos—es obra del viejo ex-doméstico. De sus hijos uno lo sucede en el comando de la fábrica; el otro, un jorobado, se refugia en un monasterio, del cual se evade después. Su sobrino Alejo, hijo natural de un noble y de una hermana de Ilia, adoptado por éste, tiene gustos de aristócrata, mezclados a una naturaleza basta, sin cultivo. Alejo se prolonga en su hijo Miron, un burgués de cierta facundia y presunción, contagiado de ideas reformadoras y progresistas, que miran el afianzamiento del poder de la burguesía contra el poder supérstite de la aristocracia. Otro de los Artamonov de la tercera generación repudia la fábrica y la familia. Los repudia para entregarse al socialismo; pero escapa por este mismo acto, de manera definitiva, al argumento de la novela. Es un personaje ausente, desertor. La ruina de los Artamonov tiene un testigo implacable: el viejo portero Ticon. Cuando la revolución sobreviene, habla por sus labios. Pero tampoco Ticon es comunista ni es obrero. No es sino un testigo rencoroso y desilusionado del drama de los Artamonov.

Todo en este libro—argumento, agonistas—es distinto y opuesto a lo que supone don Cristóbal de Castro en su artículo, que concluye atribuyendo a Gorki una niñería de pocos años. (He visto en *Crítica* de Buenos Aires la fotografía en que aparece Gorki con esta niñería y su madre. Y he reconocido en la última a la nuera de Gorki, la esposa de su hijo, la intérprete gentilísima y políglota de mi charla de Saarow Ost con el célebre novelista.

Cuando las calumnias contra-revolucionarias no salen de una prensa que tiene la misión de combatir y difamar la revolución rusa, no es posible ya afanarse en contrarrestarlas. Pero cuando como en este caso, logran alojarse en una tribuna honrada, hay que denunciarlas implacablemente.

Por esto, querido y admirado García Monge, no puedo resistir al deber de escribirle esta carta, para la cual solicito hospitalidad en las páginas de *Repertorio*.

Suyo devotísimo.

JOSE CARLOS MARIÁTEGUI

(1). En *La Escena Contemporánea* hay un artículo que cuenta esta entrevista.

Polvo del camino

Las tijeras y otras referencias

A Teodorico Quirós A.

PRIMERO, con una botella grande de las de cerveza, en cuyo tapón de palo aparecía practicada cierta abertura adrede, se puso a regar agua en toda la extensión del piso; sacó de un rincón un manojito de escobillas sazonas, cortadas por allí no más, en la Calle-Ronda, y se dedicó a barrer el suelo; mientras hacía este oficio, canturreaba alegremente:

Cuando yo cruzaba
las olas inmensas del mar...

Terminado que hubo la faena del barrido, tomó de la consola los dos peines que allí estaban y los pasó repetidas veces contra los pelos de una larga cola de buey escondida detrás de la hoja de puerta. Buscó la posición más descansada en su silla de barbero y lentamente fue hojeando el Almanaque de Bristol, colgado de ordinario cerca del espejo al alcance de los clientes.

—Almanquito más acertado no se encuentra ni con candela: el día que trae lluvia, llueve con toda seguridad; o hay más que sea garúa. Luego entra en consideraciones de aspecto filosófico:

—Resbalando, resbaladito, casi sin sentirse, ha ido pasando todo este año de 1893, quieras que no. Mañana, ya el día de Todos los Santos; ese día naciste vos, Camilo Andrade, el año cuarenta y tres, y todavía te falta tierra que jalar... Después, viene Diciembre; después, Año Nuevo otra vez, y siempre la misma jerga, no hay caso.

Sentía cierto bienestar indefinible en aquella posición tan cómoda, arrellanado en la silla de barbería, hojeando el pequeño cuaderno impreso, sin darse cuenta exacta de que por la abierta ventana entraban en aquel momento, un rayo de sol matinal, tibio y acariciador, y el canto sutil de un soterré. No le hubiera sido posible precisar exactamente si el pájaro diminuto sería un rayo de sol musical, o si era éste, en cambio, impalpable caricia de alas frágiles prontas al vuelo veloz.

No es cosa de meterse a averiguar en estos momentos si Camilo Andrade ha tenido o no alguna vez noticia de quien sea Francisco José de Austria; es lo cierto que por mucho tiempo lució en su cara atezada y aguileña, unas flamantes patillas ni más ni menos que a lo Francisco José. Así aparece en una fotografía que puede verse en la salita de la casa de las Rechimán, en el barrio de San Diego, colocada encima de una mesa pequeña y negra en cuya construcción fue aprovechada a maravilla la caja de un pañolón de seda—negro y floreado con grandes rosas rojas y ramajes verdes—procedente de la misma China. Allí está aquella fotografía de iluminado semblante, en la vecindad de una gallinita acurrucada en su nido, miniatura de loza que constituye uno de los principales adornos de la humilde estancia de recibo. Es muy posible que Camilo hiciera el presente de su fotografía a Ventura Rechimán, con el cual tiene amistad de amigos desde hace un montón de años. Una vez que ya la barba se le fue poniendo color de ceniza: abajo las cabuyas,—Cuál viejergues, hombré?—porque molestas de ribete—; los flancos de la cara le quedaron como tejas de barro recién sacadas del fuego.

La gente le dice a uno del modo que quieren. A él le encajan unas veces Anrada, como los del barrio del Dulce Nombre a ñor Pedro. Tiene que estar corrigiéndolos: Andrade, maestro, Andrade, si nada cuesta decirle a las personas como es y como debe ser...

Sastre y peluquero: toda la semana se la

lleva cortando y cosiendo ropa de hombre. Los domingos, ya es otro cantar de ciego: los domingos, desde por la mañana hasta en la tarde, echando mechas al suelo. De todo tiene muy buenos moldes: moldes de chaqueta, moldes de chaquetón, de guerreras, de pantalones, a la inglesa, a la francesa, y si hace el tuerce que le falte alguno, enseguidita lo idea y lo saca, si vieran; por allí tiene alzado el de una guerrera que le vió una vez al General Guardia; se fijó bien en el General y ya en la tarde se puso a sacar el molde en papel manila: guerrera de montar a caballo. Su especialidad estriba en lo de tallar la ropa; con decir que ha logrado darle en el chiste al panzón de Juan Rojas el de la Concepción, y al propio ñor Agustín Solano, a pesar del gran cofre que le levanta la chaqueta en la espalda. Tocante a barbería, hace más de treinta años viene arreglando a los clientes; ha andado hasta con la corona de los Padres; el Padre Arroyo, en el tiempo que estuvo de cura en Tres Ríos, nunca iba a otra parte. En el 85, con ocasión de la guerra de Barrios, lo citaron al cuartel de Cartago, y en el momento de filiarlo, como les dijera que era de oficio barbero, lo llamó el Comandante para decirle: —Usted se va otra vez para su casa y se viene con sus fierros, a usted no le toca ir a volar cachimbazos, lo necesitamos en el Estado Mayor, en el oficio. Se volvió de Puntarenas porque ya se iban a embarcar cuando se recibió la contraorden, y otra vez todos para sus casas. Arregla a como les guste: a la bulanyer, a la pionono, recorte natural, en fin. Y todos salen contentos, porque jabón fino de clavel, Agua Kananga de la legítima, cosmético de la reina, ¿qué más?, todo comprado en la botica de don Pánfilo; cuando él propio no puede bajar a San José a hacer esas compras, se vale de Sacramento Gómez, el telegrafista de la Estación, quien a su vez le da la recomendación a Chico Cedeño, un brequero muy honrado y muy bueno para esa clase de comisiones.

* * *

Sus razones tendrán las señoras y las muchachas para esquivar la calle en donde se halla instalado Camilo con sus oficios. La más poderosa es sin duda la versión corriente que atribuye al peluquero la posesión de cierto antejo diminuto y mágico con la virtud singular de hacer aparecer en pelota, chinga chiringa, a la mujer sobre la cual caiga la visual, sea quien sea. Y luego, todo lo que se le achaca en materia de pláticas subidas de color: dicen de él que nunca se mide para hablar, esté delante de quien esté; y además, lo tunante que es: ¿a quién será si no, a él mismo a quien han visto en San José, para allá y para acá, con La Tranvía y con otras todavía peores?, a quién, decí vos...

* * *

Para los chiquillos, la casa de Camilo Andrade y sobre todo el cuarto de la barbería con su ventana a la calle, reviste atractivos singulares, irresistibles: los olores fragantes que allí lo llenan todo; el enorme espejo de marco negro y dorado, si bien con alguna mancha de ruina en el vidrio, no por eso menos digno de admiración; el cuadro de los Papas, desde San Pedro hasta León XIII, el actual: todos los Pontífices Romanos en sucesión cronológica, luciendo capas, casullas y tiaras como nunca se ha visto. Camilo se sabe al dedillo la historia de muchos de ellos por haberla leído en libros: de unos refiere que fueron santos

completos y que han hecho hasta milagros; de otros asegura que fueron luciferes, con varias queridas y una catisumba de hijos, nietos y tataranietos. Otro cuadro es el de las siete edades del hombre, desde el nacimiento hasta la muerte: primero el niño comienza a subir, sube y sube, una gran cuesta que culmina en los treinta años, después es pura bajada, hasta la tumba. Camilo sabe explicar todo el proceso con detalles y con un conocimiento de las cosas, que cualquiera se queda con la boca abierta en presencia de tanta sabiduría: el sepulcro, la tumba, la última etapa del drama, en este punto el intérprete de famoso cuadro vuelve los ojos en blanco, habla en tono patético, los oyentes guardan un silencio religioso, conmovedor. Sigue a un lado de la pared la alegoría del matrimonio, vaya una cosa más estupenda: el marido con una cruz al hombro, y sobre la cruz, la mujer con un látigo en la mano: ¡Ah cara de señora!, ¿y la de él?, se ve que ya no puede con tanta carga, el peluquero descifra: —Son las vainas del mundo. No hay peor chanco que el que se casa; pero es lo que dicen: al mejor mono se le caé el zapote—. En la pared frontera al espejo, en sitio predominante, el cuadro lleno de sugerencias de los dos comerciantes: el que vendió al crédito, jalándose los pocos pelos que le quedan en la calva; las ratas haciendo de las suyas en el interior de la caja de hierro, vacía de caudales y llena de créditos vencidos y sin pagar; en cambio el otro, el que vendió al contado: rechoncho, sonriente, encantado de la vida; al pie de este cuadro el de la Mano Poderosa. Hay por ahí, además, cromos diversos de los que vienen en las piezas de zaraza y de lienzo, liberalidades de don Jerónimo Bogantes, el comerciante herediano que instala su trucha todos los viernes en una de las esquinas de la plaza del pueblo, amigo y cliente de la barbería; figuran entre estos, bailarinas, marineros, señoras en traje de calle muy antiguos; hay uno especialmente llamativo, el del tendero en el momento de ofrecer alguna tela de lienzo muy buena a una cliente joven y risueña, apetitosa por la redondez y la frescura del cuerpo, y al pie del grupo una leyenda elocuente: «Sin goma, créame lo señora...» Pero más, muchísimo más que todas estas cosas juntas seduce a los chiquillos lo que Camilo les cuenta de una tal Genoveva de Bravante, historia bien triste por cierto, casi hace llorar a los que la escuchan; la historia de un tal Roger de Flor, más galán y enamorado; de Bertoldo, y del brabucón y pendenciero Carlo Magno, tan valiente como corazón en la mano

* * *

Podrá ser este Camilo todo lo tunante y mala persona que se quiera, nadie dice que no, sobre todo si se confirman los serios cargos que se le hacen acerca de sus tratos ilícitos con La Tranvía; podrá muy bien hacer uso cuantas veces quiera de ese antejo maligno que se le atribuye, y así mismo echar sapos y culebras por la boca, que todo eso está en lo humano. Pero sepase que en medio de tanta diablura, realiza también obras de una bondad encantadora que lo colocan muy por encima del autor de los desafueros de que lo acusan y que habrán de lavarle de toda culpa a los ojos de Nuestro Señor a la hora en que, ya del otro lado, le toque ir vaciando el saco en presencia de santos, vírgenes, ángeles y serafines, por más que todos ellos no puedan menos de quedar ruborizados al enterarse de ciertas cosas cargadas al debe de este multiforme pecador. ¿Quién si no él, es el que se encarga de hacer entrar en razón a las dos viejecitas vecinas suyas cada vez que el viento de la desavenencia interna, amaga sobre el fogón en que ambas cocinan sus frijolitos y la verdurita

y tuerce la espiga de humo que sale de las tejas de tal modo tranquila y mansa de ordinario, que se diría el vuelo sereno de una paloma de paz? El destino las atrajo y las juntó un día, en quién sabe qué vuelta del sendero, como se unen a veces en determinado momento, por virtud de algún quiebre caprichoso del suelo por donde peregrinan, y después de mucho andar, los cristales de dos ojos de agua brotados allá a favor de peñas distintas y distantes una de otra. Ellas mismas no recuerdan ya desde cuando se juntaron bajo aquel techo pobre y bueno a compartir el mismo pan, las mismas faenas, las mismas dulcedumbres y los mismos amargores de la vida. No sabrían decir desde cuando vienen cultivando el pequeño jardín de siembros antiguos, tan limpio como un relicario y oloroso a gloria, como un pomo que contuviera a la vez las esencias del romero, la yerbabuena, la malva de olor, altamisa, asenjo y claveles; aromas inofensivos allí, frágiles y buenos, con la fragilidad del primer rayo de sol mañanero. Se diría la casita, vista desde la calle, con las paredes encaladas de blanco y el sócalo de azul de prusia y el florido jardinillo al frente, una aldeana que luce en día domingo un alegre delantal. Las unió el destino estrechamente en la vida, como en los rastrojos a dos cañas de maíz secas y débiles las junta a veces en vínculo amoroso bejuco o liana que remata su acción circundante en un florecimiento de campanulas delicadas en cuyas copas azules, blancas o encendidas abreban cantando los comemaíces madrugadores, no bien ha despertado el sol. Los tirsos de miramelindos rojos abiertos a uno y otro lado del portillo que comunica el jardinillo con el cerquito, se los tiene ofrecidos a mano Ramón Chavarría y a mana Félix, la mujer, para el altar que ambos levantan todos los años el Jueves de Corpus en una de las esquinas de abajo de la plaza, si de aquí allá hay cosecha. Florecen también allí, sobre una mata de ruda, las rosas de Castilla y a la par las de Jericó. El nomeolvides es siembro que pide mucha agua; tarde y mañana riegan las viejitas el parchecito verde y risueño cubierto de diminutos ojillos celestes, vivos y relucientes, así se explica que estén tan frondosas las matas. La jalbaca, primero era nada más que una matica, semilló y ahora hay nacida por todo, las semillitas secas son buenas para sacar sin dolor las basuras cuando al cristiano se le mete alguna en el ojo. Los oropeles, tan agradecidos, echan siempre, invierno y verano, la flor nunca se desmerece, es lo que le ponen al Corazón de María. Para el día de la Santa Cruz, cogen las rosas de Castilla y componen con ellas una cruz negra y sencilla que tienen y a la que visten ese día con camisa de gola y unas nagüitas azules, la ponen en un clavo del corredor, en un horcón a un lado del horno de barro. Espuela de caballero hay mucha, muy bonita la flor, buena para lavarle la cabeza a las criaturas cuando tienen piojos. También tienen sembrado culantro coyote, el buen gusto que le da a la comida y tan bueno para remedio; maticas de china, un jazmincito muy oloroso, todavía no ha echado; matrimonio y, en mucha estimación, un chirrite extranjero que dicen que es lo que hay lindo, tampoco ha echado flor, las hojas son como con letras pintadas; cuando a la noche llegan duendes a molestar y a burlarse de los de la casa, se cogen las hojas y se riegan en el suelo, los duendes reparan en las hojas y por ponerse a leer aquello, se les olvida a lo que iban y ya se acaba el tequilo esa noche.

En el cerquito, una midajita de tierra no más, matas de plátano y de guineo, para cogerlos celitos, y por la hoja, para palmiar tortillas; un palo de lima, por el olor de la fruta, y también para hacer cura para el

tabaco, con guaro; un palito de limón, con matapalo en rama, para los tumores que se le hacen a las mujeres en el vientre; en tiempo de la cosecha, cogen todos los limones maduros, les sacan el caldo, lo cuecen y lo ponen a cocinar con un poquito de azúcar, enseguida lo guardan en una botella, bien tapado, para tener si se ofrece así que no haiga limones en ninguna parte. Una mata de cojombro, por el olor y para agua fresca; una matica de cocoros, se jelaron ese año porque alguno que iba pasando por la calle los señaló con el dedo. En la cerca, matas de reina de la noche, la hoja, untada de manteca caliente es buena para las hinchazones de la cara, el olor de la flor cansa cuando echa muchas; matas de salvia, para remedio y para lavar los platos y las tazas; matas de tuete, tan lindo el olor, la hoja es buena para el envoltorio de las yerbas aromáticas, cuando hay resfrío que no quiere salir: se pone el envoltorio en un tiesto con brazas, en el cuarto, y así que están suadas se mojan en vino, y eso se le pasa al enfermo por todo el cuerpo, principalmente en las coyunturas, y santo remedio. Una mata de mozote de caballo, las cáscaras se echan en agua, hasta que esa agua se pone babosa, idiai se toma por agua de tiempo, limpia la vejiga. Y en un güitite, matas de guaria de la morada, cuando es el mes de marzo, hasta que da gusto ese palo. Las gallinas, una tal cual, no se puede más, siempre en el cerco, Dios guarde en el jardín, tan tequiosas que son. En el corredor, colgando de una solera, un tronco viejo de poró, al albergue de una colmena de picúzaro, no hay miel como esa, ni cera; la sacan todos los años en abril. A uno y otro lado del empedrado que conduce a la calle, matas de manzanilla por todo, la semilla hay que regarla verdiona para poder que pegue. Es lo mejor que hay para el estómago; cuando hay cólico de los que con nada entienden, se cocina con miel de palo, se le echa una copita de isná, y como con la mano.

Lavan ajeno, poquito eso sí; hacen bizcocho, tamal asado y pan blanco, lo mismo que moler cacao en piedra, pero sólo de encargo. Con eso pasan y con otras ganancias, poquitas, que les dejan los cigarros y el almidón de yuca que elaboran, para más no les alcanzan las juerzas.

Y no obstante la simplicidad de tal convivir, alguna pequeña nube oscurece a veces, por momentos no más, la diafanidad de ese cielo que a ambas las cobija con amor: algún guijarro de proporciones insignificantes que rueda inesperadamente y en su caída enturbia de modo pasajero la linfa cristalina: que un día la una creyó adivinar en la otra cierto mal modo inexplicable; que a cierta

palabra dicha por ésta, sin punta de mala intención, la otra le atribuye una dirección que realmente no llevaba; que la carrucha de hilo blanco no está ahora donde quedó anoche, y que tal vez será que la han escondido para que no se gaste; que el molinillo de batir el cacao para el tibio que una de ellas acostumbra al medio día, no está yá, y que sin duda lo pusieron en otra parte con su segunda; que los anteojos, que el dedal, que la novena. Que por eso lo mejor será buscar adonde irse para no estorbar. Y allá va la que es, con su motetico de ropa, y en un canasto de mano, la imagen del Corazón de María, o la de San Antonio, un fustán al que se le estaba pegando el caballito, a medio terminar; una cruz de palma bendita, una jícara y su molinillo, los anteojos comprados al turco que sube todos los sábados, un rollito de venas de tabaco, la media luna de picar éste y quién sabe cuántas cosas más que van en el fondo. (Por las otras mandará a alguno después).

¿Hacia a dónde? A buscar a Camilo Arrrada y a echarle el cuento. Y Camilo, muy grave la expresión:

—¿Conque sigue Petra con calentura? Yo les contaré.

Y esté haciendo lo que esté haciendo, se encarama el sombrero, requiere a la quejosa para que lo siga y derecho a la casa de las dos viejitas, Camilo adelante, segunda paloma del Diluvio con el ramo de olivo en el pico de su pensamiento conciliador:

—No hay que ser así, hombre. Vean lo que están haciendo, hombre. Ya esto es mucho, hombre. Pongan de su parte, hombre. Ya no están chiquitas, hombre. Hay que tener temor de Dios, hombre...

Lo cierto es que en un dos por tres la paz se restablece, no sin que haya dejado de temblar alguna lágrima de gozo íntimo, inefable, infinito, en los párpados, tan cansados, marchitos, de las dos ancianas; y ambas quedan más contentas que otros días. Se manifestarán durante todo ese día, la una frente a la otra, con recíproca y muy sentida obsequiosidad:

—Aquí hay cigarrillo...

—¿Y ese cabito de candela prendido?

—Por la paz de esta casa, con un Padre Nuestro a San Rafael.

—Aquí hay tizoncito...

—Voy a poner el agua, para su tibio.

Juntas saldrán al cerquito para colocar una guinea madura o alguna otra fruta en el tronco del güitite, para las viudas y los yigüirros muertos de hambre, tan garifos esos pájaros, pero pobrecitos, nadie les da nada. A las dos de la tarde comerán sentadas en la banquita de la cocina, cada una con su taza de caldo de la olla; ambas en plática animada siempre, se pondrán a comer: bocadito de carne cocida, pedacito de plátano y traguito de caldo. Se recogerán pasadita La Oración, una vez que, vueltas hacia el sitio en donde queda la iglesia, hayan rezado pidiendo por los navegantes, por los peregrinos, por los encarcelados, por los agonizantes de esa hora y por el alivio y descanso de las benditas Animas del Santo Purgatorio...

Los amigos de echar la gata y de arriar con lo ajeno, que se las anden con Camilo Andrade. Dígalo si no Mazorca, cuyas malas artes en materia de apercollar pollos y gallinas que nunca fueron de su patio, han sido puestas al descubierto en más de una ocasión por el peluquero de este cuento. No se crea que sean cavilosadas suyas, ¡galán estaría entonces! La gente viene a su casa y le consulta el caso. Camilo se encierra en la pieza de su barbería, coloca una palangana llena de agua en el suelo, y sobre el agua, abiertas en cruz, unas tijeras viejas suspendidas de un hilo; piensa con el cálamo unas cosas que sólo él sabe

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 1.º de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año \$ 2.40 o £ 0-10-0.

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
4 Boulevard 8 de Courcelles.—París (17e)

lo que será y luego, con aire grave se pone a preguntar:

—Vamos a ver: ¿digan si sería ñor Juan María? No, no ha sido. ¿Digan entonces si serían los de ñor Pio? Tampoco los de ñor Pio. Bueno, ¿pues Carreta? No fué Carreta. ¿Sería ese sivergüenza de Mazorca? Mazorca, Mazorca es el del alzo: la tijeras se han cerrado en el momento de corresponderle el turno en la colada.

Camilo conoce algunos otros procedimientos para esta clase de averiguaciones: el del candil con aceite de la iglesia es uno de ellos, el de la auja es otro; pero el de

las tijeras es el más seguro y el más fácil, conviene hacerlo los martes. Mazorca se pone con él como agua para chocolate cada vez que le da en el clavo; pero fuera que le levantaba. Además, nunca ha tenido cría de gallinas y Didier, el urás de los de Camilo—más puro al tata en el chaflán—lo ve cada nada enterrando las plumas en el cerco.

El presunto delincuente les hace saber a todos, que ya está acostumbrado a que le estén levantando falsos de esa clase. Pero que después de todo, malo será cachar reses o cosechas; pero aves de pluma no es pecado. Pueden verlo en la Biblia.

Rubén Coto

Agosto de 1928.

Noticia de libros

Los Artamonov,

novela de Máximo Gorki

Esta tarde plúmbea, sorda, opaca, se parece extrañamente a la tarde en que descendí de un tren alemán, hace cinco años, en la estación de Saarow Ost, para visitar a Máximo Gorki. El paisaje de cartón de Saarow Ost era esa tarde igual a los paisajes que los niños iluminan con lápices de colores en sus cuadernos germanos. Paisajes que yo había gustado por primera vez en mi infancia, con un alpestre y ladino sabor de leche Nestlé. Paisaje seguro, para niños y convalescientes, donde uno no podría nunca extraviarse, porque sus caminos lo toman enseguida de la mano para guiarlo. Paisaje que le prescribe a uno dieta, apetito, sueño a las ocho, leche al pie de la vaca. No se conciben en este lugar menús indigestos, con langostas, caviar, *günselobepastle*. Berlín no dista sino cinco horas; pero para llegar aquí hay que pasar por un bosque de pinos y tomar en Furstenwalde un trencito vecinal que corre sólo dos veces por día. En los pinos del camino, el viajero deja sus ideas citadinas, sus hábitos urbanos. Todas las figuras se dejarían recortar con una tijera. Las rutas tienen postes con letreros y flechas que conducen al lago, al bosque, al sanatorio, a la estación. Es imposible perderse, aunque se quiera.

Máximo Gorki convalecía en Saarow Ost de las jornadas de la revolución rusa. Yo me preguntaba, mientras caminaba de la estación al NEUE SANATORIUM cómo podía trabajar en este pueblo de convalecencia, infantil, albo y lacteado, un rudo vagabundo de la estepa. Saarow Ost no es un pueblo sino un sanatorio. Un sanatorio encantado, con bosques, jardines, lagunas, chalets, tiendas, un café, gente sana y un ambiente sedante, esterilizado, higiénico. Las excitaciones están rigurosamente proscritas. El crepúsculo—espectáculo sentimental y voluptuoso—severamente prohibido. La población parece administrada por una *nurse*; la naturaleza tiene un delantal blanco y no ha proferido jamás una mala palabra. ¿Qué podía escribir Gorki en esta aldea industrial, bacteriológicamente pura, de cuento de Navidad? Fué la primera cosa que le pregunté, después de estrechar su mano huraña. Gorki había escrito en Saarow Ost el relato de su infancia. Estaba contando a los hombres su historia. Quería contar la de otros hombres. Todos sus recuerdos eran matinales. La serie de sus grandes novelas realistas estaba interrumpida. Saarow Ost: en cada convalecencia me visitan tus imágenes.

Ahora que acabo de leer *Los Artamonov*, siento que Gorki no podía volver a escribir así bajo los tilos y los pinos del NEUE SANATORIUM. Esta novela ha sido escrita probablemente en Italia, donde Gor-

ki ha pasado los últimos años. Los italianos son generalmente malos novelistas; pero Italia es propicia para la novela. Los enfermos se curan; pero el clima y la naturaleza no rodean de las mismas garantías científicas e higiénicas la convalecencia. Todas las excitaciones operan libremente. Y aunque la novela italiana es escasa, la evolución de la novela moderna cabe entre Manzoni y Pirandello. Muchas de las novelas de Gorki han sido escritas en Italia, en el clima nupcial, tónico, pagano, de Capri, Amalfi o Frascati. La fantasía de Gorki recupera, ratifica, disciplina, en contacto con la naturaleza excesiva, teatral, patética de Italia, sus dotes de sobriedad y concisión. *Los Artamonov*: en las 332 páginas de la traducción italiana (Milano, Fratelli Treves) caben holgadamente tres generaciones, 55 años, la historia de la Rusia campesina y provinciana desde la abolición de la servidumbre hasta la revolución bolchevique, Zola no habría podido narrar todo esto sino en una serie como la de los Rougon Macquart, con muchos raptos románticos y mucho diletantismo sociológico entre etapa y etapa de la biografía. Gorki desmiente con esta novela que haya muerto el realismo. ¿No tendrá razón René Arcos cuando nos dice que el realismo está recién naciendo? Ciertamente la tiene. La literatura de la burguesía no podía ser realista, del mismo modo que no ha podido serlo la política, la filosofía. (La primera teoría y práctica de *realpolitik* es el marxismo). La burguesía no ha logrado nunca liberarse de resabios románticos ni de modelos clásicos. El superrealismo es una etapa de preparación para el realismo verdadero. Llamémosle, más bien, adoptando el término de René Arcos, infrarrealismo. Había que soltar la fantasía, libertar la ficción de todas sus viejas amarras, para descubrir la realidad.

La burguesía larvada, frustrada, incompleta de Rusia nos enseña su alma y su carne en *Los Artamonov*. La última novela de Gorki es una biografía. Los Artamonov son una familia burguesa: espécimen de una burguesía retardada, provinciana, alcohólica, cuya existencia histórica empezó en 1861 con la abolición de la servidumbre y que no alcanzó jamás a imponer a Rusia su doctrina ni su régimen.

Sus comerciantes, sus industriales, no supieron superponerse al czarismo ni a la monarquía. Para que el czarismo concediera a Rusia una constitución y un parlamento, fué menester que amenazara la revolución socialista, la marejada proletaria y campesina. La burguesía rusa se agitó siempre en la impotencia. Entró en su etapa de decadencia, sin conocer una etapa de plenitud. Miliukoff, su leader específico, no tuvo propiamente su hora de poder, ni

aún cuando se derrumbó el absolutismo. Cuando sonó esa hora, un pequeño burgués socialista, Kerensky, ocupó su puesto. Las obras de los grandes novelistas rusos, son la historia clínica de una neurosis: la neurosis de una burguesía, que no pudo construir un Estado democrático y capitalista. Esta burguesía produjo, desde su segunda generación, toda suerte de renegados, de nihilistas y de utopistas. No pudiendo realizarse en la sociedad capitalista, sus hijos soñaban vagamente con realizarse en la sociedad obrera. El fundador de la familia Artamonov es un siervo emancipado.

Carece de esa cultura, de esa tradición que los burgueses occidentales adquirieron en un largo proceso de ascensión. Es fuerte, brutal, instintivo. Funda una familia burguesa y una empresa capitalista que se disolverían antes de que muriese el último de sus hijos. Nikita Artamonov no consigue ser un monje; Pedro Artamonov no logra ser un industrial. En la primera generación, se agota un impulso histórico, apenas definido. Nikita se evade del monasterio. Pedro no sabe de qué evadirse: ¿de la fábrica, de la ciudad provinciana de Driomov, de su casa, de su mujer? ¿cuál de estas cosas es su cárcel? No obtendrá una respuesta ni cuando viejo, demente, lo sorprende imprevista, inconcebible, la revolución. No entiende el mundo que lo rodea. Se embriaga sin convicción. Termina sin comprender nada.

El epílogo de este drama absurdo, lo están viviendo todavía algunos dispersos sobrevivientes que acaso no encontraremos en la próxima novela de Gorki. Porque la próxima novela de Gorki será probablemente, una novela de la revolución.

José Carlos Mariátegui

(De *Mundial*)

Como se hace una novela,

por Miguel de Unamuno

En esta época de negaciones constantes, don-

de la patria, la religión, el hogar y hasta la madre fracasan bajo la armazón de los mitos, ¿de dónde sale este hombre desnudo atropellando como un incendio las viejas catedrales? Hombre torturador, amasado en las pasiones más rojas que puedan afligir a la sangre, masa de dolor, de rebeldía, de amor, y más que nada de amor, sagrado hombre del último siglo, nacido en gracia de la Revolución, para escupir a los tiranos y llenarlos de nombres y garrotazos, mientras ama y sangra con el corazón abierto sobre España, su pobrecita España, dolorida, tierna y desgraciada como una criatura en la preocupación continua del gran desterrado y solitario don Miguel de Unamuno. Infatigable, tenaz, peleador, ¡ah!, peleador hasta con su sombra, tremendo de fuerza y de pureza, lleno de contradicciones y rebeldía, increpa al rey cobarde, ladrón y católico hipócrita. Bien que le grita su verdad por todo lo que se calla España. Y en tanto va comiéndose pedazos de «padrenuestro» mojados con su propia sangre, y abanicándose con los molinos del Quijote.

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.